

MADRID: DE LA NOCHE DE SAN DANIEL AL CUARTEL DE SAN GIL

Guillermo G.CALLEJA LEAL
Doctor en Geografía e Historia
Profesor de la Universidad Europea-CEES

LOS ANTECEDENTES: LA UNIÓN LIBERAL Y EL
MILITARISMO CENTRISTA

La campaña de Marruecos (1859-60) y sus consecuencias en el Ejército

EL general Leopoldo O'Donnell volvía al poder y su gobierno durará cuatro años y ocho meses (30-06-1858/02-03-1863), un período superior al de cualquier otro gabinete anterior y sin graves choques militares, aunque con menos poder que Narváez¹. La parte más sólida de La Unión Liberal se apoyaba en grupos militares y sus principios coincidían con la mayor parte del Ejército. Al ganar por mayoría electoral, este primer ensayo precanovista dio a España un gobierno estable y una cierta paz interior que permitió un elemento nuevo: la política exterior. La actividad gubernativa se mantuvo hasta 1868 respaldada y controlada por la autoridad

¹ BALLESTEROS BERETTA, Antonio: *Historia de España y su influencia en la historia universal*, Barcelona, 1927, vol. VIII, p 58; ALONSO José Ramón: *Historia Política del Ejército Español*, Madrid 1974, p. 353. Ballesteros comenta que había pesado en la caída del general Narváez (como en los gobiernos efímeros del general Armero y de Javier Istúriz), que *en el ánimo de la reina influía poderosamente un joven valenciano llamado Puig Moltó*. J.R. Alonso puntualiza al señalar que influyó su negativa a ascender al comandante Enrique Puig Moltó por pertenecer a Ingenieros, cuerpo de escala cerrada.

militar, empleando viejos mecanismos del estado de sitio, hasta el extremo de que las asociaciones obreras existían según la buena o mala disposición de los capitanes generales. Aunque carlistas y demócratas se mantuvieron marginados del sistema político, participaron los moderados, unionistas y progresistas, divididos estos últimos en *resellados*, partidarios de colaborar con O'Donnell, y *puros*, inclinados hacia los demócratas y encabezados por Olózaga, al estar Espartero prácticamente retirado en Logroño.

Votado un presupuesto de dos mil millones para obras públicas y material para la necesaria modernización de la Marina y del Ejército, O'Donnell pensó que acciones exteriores podrían servir para unir todos los españoles y distraerlos de las discordias políticas. El problema más grave lo constituían los ataques marroquíes contra Ceuta y Melilla, casi continuos desde 1840 por la debilidad española, produciéndose agresiones contra las fuerzas españolas allí destinadas en 1844, 1845, 1848, 1853-54 y 1859. Aunque las reacciones casi siempre fueron enérgicas, nunca tuvieron consecuencias porque las propias revueltas internas del imperio de Marruecos provocaban múltiples ataques y todos los acuerdos eran letra muerta².

En agosto de 1859, grupos cabileños de Anyera³ atacaron al destacamento que protegía unas obras junto al fortín de Santa Clara y destruyeron un escudo de España. O'Donnell envió un memorándum a Muley, sultán de Marruecos, y le exigió una reparación al honor de la Patria y el castigo ejemplar para los agresores. Fallecido el sultán, se prorrogó el plazo del requerimiento sin que hiciera caso su hijo y sucesor, Mohamed. Finalmente, su contestación no satisfizo al conde de Lucena⁴, quien tras consultar a los gobiernos europeos⁵ propuso la declaración de guerra al Congreso (22-10-1859), que se aprobó por unanimidad. La ruptura de hostilidades coincidió con el debate sobre las *ciento treinta mil cargas de piedra* destinadas para obras públicas y desaparecidas entre las carreteras y el presupuesto. El conflicto africano resultó providencial para el Gobierno al permitirle salir

² SERVICIO HISTÓRICO MILITAR: *Historia de las campañas de Marruecos*, Madrid, 1947, tomo I, pp. 187-329.

³ La cabila de Anyera, la más belicosa de Marruecos, estaba situada sobre la costa del Atlántico a espaldas de Ceuta; por tanto demasiado lejos de la soberanía y la autoridad del sultán.

⁴ El condado de Lucena fue concedido a Leopoldo O'Donnell y Jorrís el 25-07-1847.

⁵ Todos los gobiernos reconocieron la gravedad de la ofensa y la responsabilidad del sultán en cuanto a la reparación, salvo algunas reticencias por parte del gobierno de Londres.

del escándalo público como señala Galdós: *si no inventa O'Donnell la guerra de África, sabe Dios lo que habría pasado. Fue la guerra un colosal sahumero*⁶. En efecto, un estallido de patriotismo unió todos los partidos políticos en apoyo al Gobierno. El general Prim telegrafió al general presidente O'Donnell desde París para pedirle *el puesto más difícil y peligroso* en la campaña y ordenó a Víctor Balaguer, su hombre de confianza y presidente de la Diputación de Barcelona, que organizara un tercio de voluntarios catalanes, acudiendo éstos en masa a los banderines de enganche. Lo mismo sucedió en el País Vasco, donde se preparó una unidad parecida de voluntarios, muchos de ellos carlistas.

O'Donnell dividió el ejército expedicionario en tres cuerpos, a las órdenes de los generales Echagüe, Zabala y Ros de Olano, mas una división de caballería al mando del general Alcalá Galiano y el cuerpo de reserva con el general Prim. El almirante Segundo Díaz Herrero estuvo al mando de una flota de apoyo formada por seis vapores de hélice, cuatro buques de vela, once vapores de rueda y veinte lanchas cañoneras. Las tropas rebasaron pronto los treinta y cinco mil hombres, con sesenta y cuatro piezas de artillería de alta calidad y de reciente fabricación en España, según las experiencias de Crimea e Italia.

El propio conde de Lucena dirigió el embarque del ejército expedicionario en Algeciras y tomó el mando en la plaza de Ceuta (21-12-1859) para realizar una larga maniobra a lo largo de la costa. Unos días antes, Zabala había ocupado una primera línea enemiga en los altos de Sierra Bullones, donde cayó herido de gravedad, y Echagüe conquistó por asalto la altura y el palacio del Serrallo (19-12-1859) estableciendo una excelente base para el posterior avance hacia los dos grandes objetivos de la campaña: la toma de Tetuán, para después subir por el Fondak de Ain Yedida hacia el puerto de Tánger. Durante todo diciembre los citados cuerpos de ejército, con el apoyo de la caballería de Alcalá Galiano, completaron la ocupación de dicha base y despejaron toda amenaza de las numerosas fuerzas moras que estaban al mando del general Muley Abbas, hermano del sultán. O'Donnell ordenó abrir el camino de Tetuán por la costa ceutí (26-12-1859) y decidió la fecha para el avance general: 01-01-1860.

⁶ PÉREZ GALDÓS, Benito: *Obras completas*. Madrid, 1968, vol. III, p. 244. La opinión de que la guerra fue un remedio providencial para desviar la opinión pública de los problemas internos se refleja en la correspondencia diplomática de la época.

Aquel día memorable, por la mañana, una combinación de mandos situó en vanguardia al conde de Reus⁷. Dos fortines enemigos -los Castillejos- cerraban el paso a las tropas y contra ellos se lanzó Prim, mas al observar cierta vacilación en sus tropas por el certero fuego enemigo, tomó la bandera de un alférez herido y se arrojó sobre los adversarios en medio de una lluvia de plomo, seguido por sus hombres en tromba⁸. Los flancos del avance de Prim fueron cubiertos con acierto por Zabala, ya restablecido, y rota toda resistencia organizada, el ejército continuó avanzando hasta la desembocadura del río Martín (Guad-el-Jelú), donde acampó bajo la eficaz cobertura de la escuadra⁹. Allí, Prim dirigió una encendida arenga en catalán a los voluntarios catalanes, que estaban al mando del comandante Victoriano Sugranyes, también de Reus.

La línea española pudo resistir un duro contraataque de Muley Abbas (31-01-1860), que se quedó muy sorprendido cuando de pronto, sin esperar a rehacerse, O'Donnell ordenó avanzar por el ancho valle del río Martín hacia Tetuán. Los voluntarios catalanes iban en vanguardia y no se arredraron al caer muerto su jefe, sustituido por el capitán más veterano. Prim mandaba el ala derecha y Ros de Olano la izquierda, y la artillería en el centro, bien cubierta por los escuadrones. Pronto, el fuego intenso y certero de la artillería española acalló a las baterías enemigas, y treinta batallones de Infantería se lanzaron contra las desorganizadas líneas moras. Sin réplica alguna, la artillería volvió a avanzar y ametralló las unidades del sultán, mientras Prim dirigía en vanguardia la progresión de los regimientos de León y de Saboya y sacaba a sus voluntarios de Cataluña de un terreno cenagoso, desde donde cayeron sobre el campamento de Muley Abbas y estuvieron a punto de capturarlo. Los restos del ejército moro intentaron inútilmente defender la plaza de Tetuán, que se entregó (06-02-1860).

Ante el retraso de las conversaciones de paz solicitadas por el mando enemigo, la escuadra bombardeó las ciudades costeras de Arcila y Larache y se produjo la llegada del general Latorre con compañías vascas, alcanzando

⁷ Al general Juan Prim y Prats le había sido concedido primero el vizcondado del Bruch (03-02-1850); luego, el condado de Reus (13-12-1855) y, más tarde, el marquesado de los Castillejos con grandeza de España (15-06-1864). Después, Amadeo I le concedió el ducado de Prim a título póstumo (01-11-1871).

⁸ La actuación de Prim en la batalla de los Castillejos fue magnificada por la propaganda del Gobierno, deseoso de crear héroes en la campaña de África. Según la opinión de muchos, el mérito fue de Zabala.

⁹ Llamado "campamento del hambre", pronto recibió víveres y suministros diversos de los barcos.

el ejército la cifra de cuarenta y cinco mil hombres. Prosiguió luego el avance sobre Tánger (11-03-1860) por el escarpado camino del Fondak, donde se produjo la victoria de Wad-Ras (23-03-1860) que despejó los accesos a la ciudad del Estrecho. Entonces, Muley Abbas pidió y obtuvo un armisticio que terminó con la firma del tratado de paz en Tetuán (26-04-1860)¹⁰. Un tratado muy recortado por las presiones británicas, ya que Inglaterra quería mantener sus intereses en Tánger. España tuvo que devolver Tetuán y renunció a la posesión de Tánger, logrando sólo ampliar los límites de Ceuta y Melilla y el reconocimiento de la antigua pesquería de Santa Cruz de la Mar Pequeña en la costa africana frente a Canarias.

En definitiva, lo que mal había dispuesto la política en un conflicto estéril, porque cualquier posible anexión territorial contaba de antemano con el veto de Inglaterra -interesada por mantener su dominio en el Estrecho-, tuvo que resolverlo el Ejército con enorme sacrificio en una campaña militar muy gloriosa de cinco meses pero que costó la vida de hombres, de los que dos mil ciento veintiuno murieron en el campo de batalla o por heridas sufridas en combate y cuatro mil ochocientos noventa y nueve a consecuencia de enfermedades, además de un coste de doscientos treinta y seis millones¹¹. La Armada realizó también algunas acciones brillantes, aunque siempre observada por cinco navíos de guerra franceses y siete británicos. El intervencionismo británico quedó probado al capturarse armas de reciente fabricación al enemigo y hallarse en Tetuán grandes depósitos de pólvora también de fabricación inglesa¹².

Heroica fue la conducta del ejército expedicionario y apoteósico el recibimiento popular. Sin embargo, al término de la campaña, las consecuencias en el orden interno del Ejército fueron muy discutibles, pues si bien unió durante unos meses a toda la Nación (salvo la intentona carlista de San Carlos de la Rápita), las quejas al sistema y a los ascensos fueron inmensas. Se criticó que se dieran recompensas a bastantes que no las habían merecido y que quedaran en el olvido otros que las tenían bien ganadas.

¹⁰ CIERVA Y HOCES, Ricardo de la: *El triángulo II. La cuestión de palacio. Evocación del reinado de Isabel II entre 1847 y 1868*. Barcelona, 1990, pp. 308-311.

¹¹ PIRALA, Ildefonso: *Anales*. Madrid, 1871, vol. III, p. 484 y ss.

¹² En plena guerra, Inglaterra exigió a España el reembolso inmediato de una deuda (cuarenta millones) que estaba aplazada a varios años. Sin embargo, el gobierno español tuvo el rasgo de dignidad de pagarla al contado en momentos tan inoportunos.

Ildefonso Antonio Bermejo en *La Estafeta de Palacio* recuerda la lluvia de títulos nobiliarios isabelinos -todos con grandeza de España- que cayó sobre los héroes de África: el ducado de Tetuán para O'Donnell (27-04-1860); el marquesado de Guad-el-Jelú (08-10-1860), el condado de Almina (17-07-1860) y el vizcondado de Ros para Ros de Olano (17-07-1860); el marquesado de Sierra Bullones para Zabala (28-11-1860)¹³; el marquesado de los Castillejos (15-06-1864) para Prim¹⁴; y años más tarde, por don Amadeo I de Saboya, el condado del Serrallo para Echagüe (27-03-1871). En cuanto a los ascensos, el mismo autor añade el nombramiento de nueve tenientes generales, once mariscales de campo y veintisiete brigadieres¹⁵, cifras para entonces no excesivas pero que demuestran que O'Donnell distribuyó tales ascensos con cierto criterio político favoreciendo a sus partidarios de la Unión Liberal, lo mismo que no había dado mandos a los generales que no le eran partidarios¹⁶.

Según Ildefonso Piralá, *todos los jefes de brigada quedaron descontentos, porque al mayor del ministerio de la Guerra y a uno de la división Ríos, que desembarcó con él, a media campaña se les había dado la faja de general... Se hizo brigadier a un oficial del ministerio de la Guerra y al gobernador del cuartel general, que ni tenían mando de tropas ni puesto en los combates, con lo que se consideraban perjudicados los coroneles de regimiento que no habían alcanzado aquel empleo*¹⁷.

Hubo además numerosas y continuas críticas a la Administración Militar y la Sanidad Militar por haber presentado los mismos defectos que otros cuerpos administrativos y médicos que participaron en la guerra de Crimea¹⁸.

Apenas firmado el tratado de paz en Tetuán, comenzaba ya a gestarse un clamor contra el Ejército y el gobierno: unos afirmaban que se había

¹³ El general Juan de Zabala y de la Puente tenía además el título condal de Paredes de Nava. Dicho título fue concedido por Enrique IV (10-05-1482) a Rodrigo Manrique de Lara, otorgando luego Carlos II la grandeza de España (07-05-1678).

¹⁴ El marquesado de los Castillejos se extinguió el 19-02-1871 al conceder el Gobierno Provisional el ducado del mismo nombre a favor de Juan José Prim Agüero, hijo del general Juan Prim y Prats.

¹⁵ BERMEJO, Ildefonso Antonio: *La Estafeta de Palacio. Historia del reinado de Isabel II. Cartas transcendentales dirigidas a don Amadeo*. Madrid, 1873, tomo III, p. 238.

¹⁶ ALONSO, 1974, pp. 335 y 353.

¹⁷ PIRALÁ, 1871, III, p. 480 y ss.

¹⁸ Se criticó también a la Caballería por carecer de cabalgaduras adecuadas y de instrucción para un terreno difícil.

hecho demasiado y otros esperaban grandes conquistas territoriales¹⁹. Lo cierto es que aquella guerra trajo una paz que no sólo no reportó a España bienes materiales, sino que precipitó la descomposición del imperio marroquí aumentando con ello la influencia de Inglaterra hasta final de siglo. O'Donnell, nombrado general en jefe (Real Decreto 03-11-1859), ante las críticas y el gran malestar existente dentro del Ejército, llegó a manifestar con tristeza: *He dado a manos llenas y todos están descontentos*. Sin embargo, como paradoja, el general Juan Prim y Prats (*héroe inédito, cuya leyenda estaba a medio formar*; según Galdós) fue quien ganó mayor prestigio popular, y tanto él, como casi todos los generales ascendidos por O'Donnell, participarán en la Revolución de 1868.

De la intentona carlista de San Carlos de la Rápita a la sublevación de Loja

El carlismo había perdido su violencia tras su última guerra y volvió a fracasar en 1860 con un pronunciamiento fallido. El complot fue urdido por el pretendiente carlista Carlos Luis de Borbón, conde de Montemolín (Carlos VI)²⁰, y sus colaboradores: el infante Fernando; el conde de Clonard; fray Cirilo Alameda y Brea, cardenal arzobispo de Toledo; el brigadier Joaquín Peralta, destinado en el Ministerio de la Guerra; el hijo del general Quintanilla; Jaime Ortega y Olleta, Capitán General de Baleares y otros²¹.

¹⁹ PÉREZ GALDÓS, 1968, III, p. 238. Galdós hace decir a uno de sus personajes: *Del Pirineo al Atlas, todo será España*.

²⁰ Durante los años 1854-56 se habían realizado contactos entre el rey consorte Francisco de Asís y su primo el conde de Montemolín, que pensaron en una posible abdicación de la reina en la rama carlista de don Carlos. Antes de la contrarrevolución de 1856, Montemolín creó una comisión regia que se convirtió en un "Estado" dentro de un Estado, dada la personalidad de los implicados en la trama, entre los que figuraba en primera línea el conde de Clonard, que once años antes había presidido el *Ministerio Relámpago*, y todo hace apuntar que también estaba el propio rey consorte. La comisión regia logró infiltrarse en muchas dependencias militares, incluso en el Ministerio de la Guerra y las capitanías generales. Desde 1856 se perdió en palacio el interés por la reconciliación de los Borbones en España, aunque continuaron extraños contactos entre la comisión regia y Narváez por medio de Marfori.

²¹ Jaime Ortega y Olleta había sido teniente en la primera guerra carlista, y se retiró de la milicia en 1839 tras contraer matrimonio con la sobrina y única heredera del general Francisco Ballesteros. Al reintegrarse a la política en 1844, el nuevo gobierno le

Este último, militar elegante y arrollador en los salones de la aristocracia insular, se había unido a la conspiración creyendo que el apoyo a Montemolín facilitaría la promesa de un gobierno representativo, al margen de que estuviera o no convencido de las supuestas "revelaciones" que le hizo en París la intrigante infanta Luisa Carlota acerca de que Isabel II no era hija de Fernando VII²². Montemolín y su hermano Fernando, que habían sido detenidos por unos aduaneros franceses al intentar una incursión a España, marcharon a Palma de Mallorca para reunirse con Jaime Ortega (29-03-1860).

Cuando apenas había transcurrido una semana desde la firma de la paz de Tetuán y hallándose aún el ejército expedicionario en África, que en conjunto eran las mejores unidades españolas, Ortega ordenó (01-04-1860) embarcar una división formada por unos tres mil seiscientos hombres en el puerto de Palma, lo que suponía una gran parte de la guarnición de las Baleares. Se trataba de una expedición muy extraña, pues estas fuerzas embarcaron sin conocer el motivo ni tampoco el destino, que resultó ser el puerto de San Carlos de la Rápita, junto al delta del Ebro. La presencia de unos embozados misteriosos que acompañaron al general en su cámara durante el viaje sembró la inquietud, corriéndose la voz de que eran el pretendiente carlista Montemolín y su hermano el infante Fernando.

Tan pronto como arriba la expedición (02-04-1860), el capitán general ordena la marcha sobre Tortosa, frenada por murmullos y luego por gritos de repulsa en las filas y la oficialidad. Sin embargo, nada ocurre durante la noche. Al amanecer, Ortega ordena reemprender la marcha, pero un grupo de oficiales le interrumpe exigiéndole una explicación sobre lo que está ocurriendo. Entonces es cuando Ortega decide arengar a la tropa en favor de la causa de Carlos VI, que acude junto a él en una tartana. Pero, al advertir la hostilidad de su división, recomienda a Montemolín que se pierda de vista y le espere en el pueblo de Ulledecona. Mientras el capitán general intenta entretener a los oficiales con explicaciones vagas, es interrumpido por los vítores de cuarenta y nueve sargentos; aunque pronto aquellas voces son acalladas por un clamor aún mayor de vivas a la Reina y a la libertad que encabeza el coronel Rodríguez Vera.

nombró coronel -sin haber pasado antes por capitán-, y en 1847 era mariscal de campo. Sus contactos en Francia con Montemolín le inclinaron a cambiar de causa.

²² ZABALA, Pío: *Historia de España. Edad Contemporánea*. 1808-1923. Madrid, 1930, vol. I, p. 487; BERMEJO, 1873, III, p. 476 y ss.

Las tropas se sublevan contra Ortega (04-06-1860), que logra huir a uña de caballo, alcanza al pretendiente y llega con él a Ulldecona. Allí, el infante Fernando, el general Joaquín Elío y varios jefes de partidas carlistas conferencian con Ortega y sus ayudantes Cavero y Moreno. Al enterarse de que la Reina no había abdicado como le habían asegurado, el capitán general exclama indignado: *¡Me han vendido!* El único acuerdo al que llegan entonces es dispersarse, pues ninguna guarnición ha secundado el previsto alzamiento. Huyeron todos, siendo luego Ortega capturado por la Guardia Civil en Calanda y conducido a Tortosa. Reunido un consejo de guerra (17-04-1860) formado por simples oficiales (ningún general), Ortega fue condenado a muerte por delito de alta traición y fusilado al día siguiente al amanecer. De los tres mil seiscientos hombres que le acompañaron en su viaje, sólo se castigó a los cuarenta y nueve sargentos que le vitorearon²³. En cuanto a Montemolín y su hermano, fueron apresados (21-04-1860) en su refugio de Ulldecona por la Guardia Civil y entregados al general Dulce.

Unos días después de la captura de Montemolín y su hermano, el Gobierno les concedió el indulto, pero no sin antes haber firmado un manifiesto con la renuncia a todos sus derechos al trono: *Empeño mi palabra de honor de no volver a consentir que se levante ni en España ni en sus dominios mi bandera*. Luego, fueron enviados a Francia en el vapor Colón. Aunque Carlos Luis y Fernando se retractaron después de su renuncia alegando coacciones, al poco tiempo fallecieron y la sucesión de la causa carlista pasó a su hermano Juan de Borbón (Juan III), cuarto monarca del carlismo. A finales de abril, al conocer éste el manifiesto de abdicación de sus hermanos, lo quemó y reclamó el trono a las Cortes exigiendo además la abdicación de Isabel II. No obstante, después lanzó un manifiesto (20-09-1860) que sorprendió a todos, declarando haber abrazado la causa liberal y alabando sus excelencias en progreso y libertad. Esto le llevó a elogiar a Víctor Manuel II de Saboya, a reconocer a Isabel II y a su adhesión al sistema constitucional²⁴. Dos años después, desde el mes de junio de 1862 hasta la

²³ El hijo del general Ortega, teniente de Caballería, que se había distinguido en Marruecos, pidió en vano a la Reina que aplicase el derecho de gracia. Sin embargo, al ayudante Cavero, primo de la emperatriz Eugenia de Montijo, le fue perdonada la vida. Los Cavero se distinguían por elegir casi siempre el partido político equivocado.

²⁴ La enérgica segunda esposa portuguesa de Carlos María Isidro, María Teresa de Braganza, princesa de Beira, dio entonces los pasos decisivos para salvar a la causa carlista del descrédito y la desintegración. Ante los desplantes liberales de su sobrino e hijastro Juan III, le escribió una carta muy dura, en la que negó su legitimidad por haber traicionado los principios, le destituyó como rey y pretendiente por haber abdicado, y no le dejó más salida que retractarse o abdicar en el propio primogénito de éste,

primavera siguiente, la infanta-duquesa de Sessa, hermana del rey consorte, negociará el acercamiento entre Juan III e Isabel II. Marchará por ello a Madrid y pedirá repetidas veces su reconocimiento como infante de España, gracia que no le concederá la Reina. Todos estos movimientos dinásticos se llevarán con gran secreto, pero el Gobierno cometerá la necedad de no hacerle ni caso, puesto que su sumisión plena hubiera puesto fin al pleito dinástico iniciado en 1833 con la muerte de Fernando VII²⁵.

Por otra parte, el general Ortega, antes de morir, hizo jurar a su ayudante Cavero que guardaría un silencio absoluto sobre los promotores del pronunciamiento. A pesar de ello, se difundieron toda suerte de rumores que apuntaban a la misteriosa comisión regia presidida por el conde de Clonard, de la que formaba parte el cardenal arzobispo de Toledo, fray Cirilo Alameda y Brea, y el propio rey consorte desde una sombra impenetrable, con un sector importante de la alta nobleza²⁶. Ildefonso Piralá afirma que aunque desaparecieron las listas de los implicados, *lo que evitó desgracias y grandes escándalos*, hay constancia de que en la conjura intervinieron desde la emperatriz Eugenia de Montijo y el rey consorte hasta el cardenal arzobispo de Toledo y el general Narváez, duque de Valencia²⁷.

Mención especial merece aquí el Rvdo. P. fray Cirilo Alameda y Brea, religioso pintoresco y de armas tomar. Este intrigante personaje pasó su vida involucrado en numerosas conspiraciones y tuvo un gran protagonismo en esta conjura de la comisión regia. Consejero íntimo de Fernando VII y uno de los más firmes baluartes del absolutismo, se prestó a las intrigas que el rey preparó contra la Constitución (1820), y siendo superior general de la orden franciscana en España, no tuvo inconveniente en ingresar en una de las numerosas sociedades secretas existentes para espiarla y traicionarla. Nombrado luego obispo, sus maquinaciones le llevaron a iniciar tratos con la Junta Suprema de la Masonería para provocar la caída del Gobierno y

el infante Carlos. El infante Sebastián, hijo de la princesa de Beira, también se había hecho liberal y reconciliado con Isabel II.

²⁵ En septiembre de 1864, María Teresa de Braganza dirigió desde Baden su célebre *Carta a los españoles*, descalificando de forma pública y definitiva a Juan III y proclamando heredero a la corona carlista de España al propio primogénito del mismo, el joven duque de Madrid (Carlos VII).

²⁶ DE LA CIERVA, Barcelona, 1990, pp. 313-314.

²⁷ PIRALÁ, 1871, III, p. 516; ALONSO, Madrid, 1974, p. 337. Isabel II había concedido el ducado de Valencia con grandeza de España al general Ramón María Narváez y Campos (18-11-1845).

reemplazarlo por otro adicto al Gran Maestro y a él mismo. Aunque esta extravagante intriga fracasó, fue elevado por sus desvelos a la mitra arzobispal de Cuba (1832). Ofició un *Te Deum* en la catedral de Santiago de Cuba (29-09-1836) por el triunfo del motín de La Granja y en honor de la Constitución que con tanto afán antes había tratado de destruir²⁸.

Hacia finales del mes de diciembre de 1836, el Capitán General de Cuba, Miguel Tacón y Rosique, recibió una carta del ministro de la Gobernación, Ramón Gil de la Cuadra, con varias órdenes, y entre ellas²⁹, la de expulsar de la isla al arzobispo de Santiago de Cuba, cuyas simpatías carlistas nadie ignoraba. Pero Tacón facilitó su huida (por estar aún indecisa la guerra carlista)³⁰ dándole toda clase de facilidades para que embarcase en la goleta de guerra británica Nimrod, que se hallaba en el puerto de Santiago, y partiera hacia España con todas sus pertenencias, no teniendo éste reparos en llevarse de paso la fabulosa suma de siete mil quinientas onzas de oro (ciento veintisiete mil quinientos pesos) de los fondos del Arzobispado. Lo más curioso es que nadie en España le reclamó tal cantidad³¹.

²⁸ *Correspondencia reservada del capitán general don Miguel Tacón, 1834-1838*. La Habana, 1963, pp. 70-72.

²⁹ En octubre de 1836, el gobierno de Madrid fue advertido de que el pretendiente carlista intentaba enviar un agente a Cuba para gestionar la neutralidad de las autoridades en la querrela dinástica que dividía España, por lo que cundió la alarma. Conviene señalar que la isla de Cuba contribuía con más de cuatro millones de pesos anuales al Erario; por ello, si Cuba se declaraba neutral en la guerra carlista, el golpe sería de tal magnitud que podría por sí solo decidir la suerte de la contienda. El Gobierno acordó ordenar a Tacón que destituyera de inmediato y con el mayor secreto al anciano general Manuel Lorenzo, gobernador de Santiago de Cuba (quien enterado del motín de La Granja, había realizado por su cuenta un pronunciamiento constitucional el 29-09-1836); expulsara al Arzobispo por sus conocidas simpatías carlistas; y procurara apresar y juzgar al emisario como espía. Tacón facilitó la huida de Lorenzo y de fray Cirilo en dos fragatas de guerra británicas.

³⁰ El general Tacón envió la goleta de guerra Isabel II a Santiago con la misión de comunicar a su amigo el comodoro Jones, de la fragata británica Vestal, que había recibido la orden de apresar y expulsar al Arzobispo, por lo que tenía que comunicárselo para que huyera de inmediato. Como el capitán de la goleta española no halló a Jones, realizó su gestión a través del cónsul británico Hardy.

³¹ BULNES Y SOLERA, José de: *La fuga del Padre Cirilo encubierta por el Gobierno de S.M. Opúsculo cuarto que contiene las exposiciones del M.V. Cabildo Catedral de la iglesia metropolitana de Santiago de Cuba desde el mes de enero hasta el de abril de 1837...* Madrid, 1838.

Fanático absolutista y carlista en España, el Arzobispo se comportó como el primero de los liberales. Durante su larga vida, pródiga en intrigas, siguió siendo maestro de las volteretas: de carlista fervoroso en los años treinta, consejero de Carlos María Isidro y miembro muy destacado de la mencionada comisión regia, una vez liquidado el carlismo³², *mutatis mutandi*, pronto fue consejero de la joven reina Isabel II, ocupando la vacante creada por el fallecimiento del *divino* Argüelles. Fue confesor de la Reina, Arzobispo de Toledo y Cardenal Primado de España, y murió por fin a los noventa y un años en 1872, siendo decano del Sacro Colegio Cardenalicio de Roma.

Por último, tan sólo añadir que no pudo probarse ni tampoco saberse por entonces quiénes fueron los responsables de la conspiración; aunque sí quedó muy claro que el general Ortega, un liberal de pro de toda la vida, jamás habría actuado sin disponer de un altísimo respaldo. Así surgió y murió la conspiración más oscura y extraña del siglo XIX español, culminada con el desembarco en San Carlos de la Rápita, pero que apenas captó la atención popular ante la gloria de la guerra de África.

Un año después se produjo el estallido de la primera revuelta social española en la tranquila ciudad granadina de Loja (29-06-1861). Una tropa campesina de un centenar de peones, dirigida por el herrador Rafael Pérez del Álamo, tomaba por asalto el cuartel de la Guardia Civil en Iznájar. Al día siguiente, enardecida la columna por su sangrienta victoria, entraba en Loja con insólitas banderas tricolores cantando el *Himno de Riego* entre continuos vivas a la República. Pronto se concentraron allí seis mil campesinos revolucionarios de las inmediaciones que saquearon tiendas, almacenes y haciendas, se repartieron las tierras y durante tres jornadas alucinantes generaron tal anarquía que su propio jefe asustado envió mensajeros al gobernador para que restaurase el orden.

El Capitán General de Granada envió una columna que recuperó la ciudad a sangre y fuego, y deshizo con ciento dieciséis fusilamientos aquella ilusión de república federal a la que había abandonado su promotor, quien logró huir y esconderse. El Ministerio de la Gobernación envió un informe sobre esta revuelta a la Reina; pero poco después, el arzobispo Claret envió a Isabel II otro informe mucho más profundo y detallado, aportando los datos siguientes: la incipiente organización revolucionaria creada y dirigida por Pérez del Álamo rebasaba los ochenta mil afiliados en toda Andalucía;

³² *Gavilla de perdidos* llamaba fray Cirilo a los carlistas que pretendían la victoria cuando ya no tenían opción a nada. La misma victoria que había deseado cuando era capellán y consejero de Carlos María Isidro en el cuartel general de Estella.

aquella temible explosión social se debió al egoísmo de los terratenientes y a la desidia de las autoridades, y era muy recomendable que la propia Reina viajase por aquellas provincias *para despertar el sentimiento monárquico de los pueblos, decaído y debilitado por la propaganda demócrata*³³. Un año después de esta terrible rebelión, la Reina realizó su ansiado viaje por Andalucía acompañada por su marido y, por sugerencia suya, el Gobierno decretó un indulto general para los cuatrocientos campesinos que habían sido deportados y para su cabecilla, que pudo salir de su escondite. Pese a las aventuras exteriores que tenían a la Hacienda al borde de la bancarrota, Isabel II en su recorrido entregó un millón de reales en cada ciudad. Tras pasar por Sevilla, las propias mujeres de los revolucionarios, agradecidas por el indulto, denunciaron una conspiración socialista contra ella a su paso por Archidona. En este viaje por ciudades y pueblos de Andalucía que duró tres meses y medio, la Reina fue recibida entre el clamor popular.

Las campañas de prestigio en el exterior

España carecía de intereses importantes en el extranjero, su flota de guerra era mínima y su Ejército se hallaba tan sobrado de oficiales y reclutas como falto de armamento, material y organización. El general presidente impulsó varias expediciones armadas al extranjero con el fin de prestigiar al Gobierno, disminuir las tensiones entre los partidos políticos y ufanar a un Ejército falto de armas, pertrechos y tropa instruida, pero que contaba con más de trescientos cincuenta generales.

Durante el gobierno de O'Donnell, la primera acción exterior se realizó en 1858. Fue cuando España participó en la expedición francesa de Rigault de Genouilly a Conchinchina mediante el envío de mil quinientos soldados, en su mayoría tagalos de regimientos filipinos. La acción de estas fuerzas al mando del coronel Palanca fue muy brillante, pero sólo sirvió a los intereses de Francia. Tras una pronta retirada, España no obtuvo beneficio alguno en Indochina. En cuanto al intervencionismo español en América, éste se inició en 1859 con el envío del vapor Blasco de Garay a La Guaira como respuesta a las matanzas de españoles en Venezuela; sin embargo, esta crisis no fue un hecho aislado, puesto que también en otras repúblicas hispanoamericanas

³³ DE LA CIERVA, Barcelona, 1990, pp. 332-333. La Reina tuvo que aplazar el viaje al año siguiente por la muerte de su hija la infanta Concepción.

existía una tensión creciente que afectaba a los españoles residentes y a los intereses nacionales.

De todas las empresas realizadas en el exterior durante este período, la de Méjico fue la mejor y más rápidamente resuelta, y el pretexto consistió en la reclamación del pago de su deuda exterior. Tras la firma de los convenios de 1847 y 1851, la desdichada embajada de Joaquín Francisco Pacheco había tomado parte en las querellas internas mejicanas apoyando al presidente Miguel Marimón³⁴, de ahí que el embajador español fuera expulsado al triunfar Benito Juárez. Luego, a partir del otoño de 1858, la cuestión mejicana se convirtió en un problema internacional, afirmando Napoleón III que en Méjico se precisaban *un ejército, millones y un príncipe*³⁵.

El general Prim, conde de Reus, fue nombrado (01-01-1861) agente diplomático y general en jefe de las fuerzas expedicionarias que debían embarcar en La Habana y conducir a Veracruz. Aceptó el mando por conocer el problema a la perfección, ya que su esposa era mejicana y pariente de un ministro de Juárez; y además, porque quería impedir que cuando acabara la guerra de Secesión, EE.UU. prosiguiera sus proyectos de anexión, consumados en parte al haberse apoderado de inmensos territorios al norte del río Grande. Sin embargo, el general Serrano, Capitán General de Cuba, que ya había logrado con éxito la anexión de Santo Domingo, al conocer el nombramiento y la misión de Prim, se adelantó a éste enviando a Veracruz al mariscal de campo Manuel Gasset al frente de un ejército compuesto por tres regimientos de tres batallones (Nápoles, del Rey y Cuba), los batallones de Bailén y de la Unión, dos escuadrones, dos baterías de campaña, trescientos artilleros y doscientos ingenieros; empleando para su traslado la

³⁴ El gobierno de Marimón había aceptado conceder reparaciones a Francia, Inglaterra y España por los daños inferidos a sus intereses y súbditos afincados en el país; pero Benito Juárez, reconocido y apoyado por EE.UU., se opuso, expulsó a Pacheco y congeló los pagos de la deuda exterior. Reunidas las tres potencias en Londres, decidieron (tratado de 31-X-1861) enviar una expedición conjunta.

³⁵ Se estudió la entrega del trono a los príncipes de la rama carlista y se ofreció al duque de Aumale, con quien negoció Palmerston. El trono también pasó ante el infante Sebastián y ante los duques de Riánsares, siempre atentos a los negocios y a los tronos para dar una posición relevante a los hijos de María Cristina de Borbón, madre de Isabel II. Al final, la discutida corona mejicana acabó siendo aceptada por Maximiliano, hermano menor de Francisco José I, emperador de Austria y rey de Hungría.

escuadra de González Rubalcaba³⁶. Una semana antes de llegar Prim a La Habana (23-12-1861), aquel ejército se apoderó con facilidad de San Juan de Ulúa y de Veracruz (17-12-1861). Comenzaron así muy mal las relaciones entre los generales, que además siempre habían desconfiado entre sí. No obstante, el conde de Reus hizo valer su nombramiento ante Serrano y zarpó a Veracruz, asumiendo el mando de las tropas en aquella cabeza de puente, y decidió esperar allí la llegada de las expediciones de Francia e Inglaterra.

Una vez fondeada toda la flota aliada (06-01-1862), se trataba de aplicar la Convención de Londres (31-10-1861), o bien de ocupar el país e imponerle un soberano extranjero como pretendía Francia. Prim pudo desorientarse con facilidad en aquella situación, pues la población veracruzana le recibió con entusiasmo³⁷; además, como recuerda Miquel y Vergés, algunas guerrillas habían defendido la causa de los conservadores con bandera española³⁸. Sin embargo, el conde de Reus pudo ver con gran claridad que Francia hacía su propia política, consistente coronar a Maximiliano de Austria y, sobre todo, que el futuro pertenecía a Juárez, respaldado por EE.UU. y una mayoría abrumadora del pueblo mejicano, por lo que nada tenían que hacer los círculos aristocráticos, partidarios y promotores del intervencionismo europeo. Por tales motivos, convenció a Inglaterra que lo conveniente sería negociar un arreglo razonable con Juárez y retirarse, aunque no a Francia, empeñada en esta nueva aventura imperial.

En la reunión tripartita de Orizaba (09-04-1862), Prim se jugó su carrera al decidir el retorno inmediato del ejército español, que fue seguido por el británico; el francés La Gravière le acusó de obrar así por despecho, afirmando que en el fondo había pretendido ser emperador de Méjico. Al término de la reunión, Prim envió un prolijo informe al ministro de Estado explicando su postura y haciendo constar que no deseaba pasar por la vergüenza de que *una nación que nos debe su existencia y que habla nuestro idioma, sea regida por un príncipe extranjero, y que trabajaría para que conserven los mejicanos sus instituciones republicanas*³⁹.

La decisión de Prim fue tajante, pero carecía de barcos para reembarcar el cuerpo expedicionario y Serrano no estaba dispuesto a facilitárselos. Al

³⁶ La escuadra estaba formada por seis buques de hélice, seis vapores de ruedas, un transporte de hélice, dos de vela y diez mercantes varios.

³⁷ ALONSO, 1974, p. 338.

³⁸ MIQUEL Y VERGÉS, José Luis: *El general Prim en España y en Méjico*. México, 1949.

³⁹ ALONSO, 1974, p. 338.

final, las tropas y su general en jefe pudieron desembarcar en La Habana (09-05-1862) en buques ingleses ofrecidos por el almirante Hugh Dunlop. El encuentro entre Prim y Serrano fue muy violento, pues Prim reprochó a Serrano todas las trabas que le había puesto. Luego, el conde de Reus partió hacia España, vía EE.UU., en plena guerra de Secesión, para obtener información sobre la contienda. Pero antes de emprender su regreso, envió dos mensajeros para dar parte con todo detalle a la Reina y al presidente de Gobierno sobre su decisión en Orizaba; y Serrano, a su vez, mandó a Cipriano del Mazo para informar al Gobierno, que acordó desaprobado públicamente a Prim. Luego, O'Donnell, acompañado por el emisario de Serrano, marchó al palacio de Aranjuez para entregar en persona el decreto condenatorio⁴⁰; no obstante, el emisario del conde de Reus se había anticipado y cuando Isabel II recibió el saludo del duque de Tetuán, sin dejarle hablar le dijo radiante y con toda intención: *¿Has visto qué cosa tan buena a hecho Prim en Méjico? Estoy deseando verle para felicitarle.* O'Donnell no tuvo más remedio que sumarse al entusiasmo de la Reina y guardar el decreto.

España dispuso de poco más de cuatro mil soldados en Veracruz, y Francia llegó a emplear cuarenta mil para intentar imponer al emperador Maximiliano, que fue derrotado y fusilado en Querétaro. Prim acertó de pleno al pronosticar en su carta a Napoleón III la entrada en Méjico de su protegido, su aislamiento en medio de las tropas francesas y su final, advirtiéndole además que aquella monarquía *se derrumbaría en cuanto dejaran de apuntalarla las bayonetas*. Una vez en España, defendió ante el Senado (12-12-1862) su postura en la reunión tripartita de Orizaba, respondiendo de forma fulminante y con brillantez a los ataques del marqués de Novaliches desde los escaños moderados⁴¹ y a los de Olózaga desde los progresistas. Además, predijo, una vez más, el desastre final del intervencionismo francés y de Maximiliano⁴²; declaró ser progresista dentro de la Unión Libe-

⁴⁰ O'Donnell estaba predispuerto contra Prim, pues la propaganda que su propio gobierno le había hecho sobre su actuación en Los Castillejos le hizo sombra en la guerra de África en cuanto a favor popular.

⁴¹ Isabel II concedió al general Manuel Pavía y Lacy el título de marqués de Novaliches (08-04-1848).

⁴² La profecía de Prim se cumplió al detalle. Las tropas francesas tomaron Ciudad de Méjico (junio 1863) y proclamaron emperador *in absentia* al archiduque Maximiliano de Austria, hermano del emperador Francisco José I. Juárez trasladó la sede de su gobierno a la ciudad fronteriza de El Paso y se lanzó a la guerra de guerrillas. En la primavera del año siguiente, Maximiliano y su esposa Carlota - hija del rey de los belgas -, partieron de su palacio de Miramare en Trieste e hicieron su entrada solemne en la capital mejicana (10-06I-1864). Terminada la guerra de Secesión (1865), EE.UU. no

ral, y recomendó a la Reina que tras tantos años de predominio moderado y unionista debería llamar a los progresistas.

Prim, ante el agotamiento político de O'Donnell -mediado su quinto año en el Gobierno- y advirtiendo su hostilidad, decidió abandonar la Unión Liberal y encabezar el progresismo *puro*, con la consiguiente enemistad de Olózaga. Por entonces, la Reina veía con simpatía su proyecto y se lo hizo saber a su regreso cuando fue a saludarla. Dos años después, Olózaga prescindirá del mando militar de Espartero, convirtiéndose entonces el conde de Reus en la esperanza de quienes necesitaban la ayuda de un *espadón*.

En cuanto a la gloriosa aventura de la escuadra española en el Pacífico, fue uno de los mayores errores diplomáticos cometidos durante el período de O'Donnell e incluso más tarde. En el caso del Perú, los problemas comenzaron antes de la presidencia del general Castilla, que había sido capitán del Ejército español.

El ministro español de Guerra y Estado, general Juan de Zabala y de la Puente, hijo del patriota Pedro José Zabala Bravo del Ribero -marqués de Valle Umbroso-, había nacido en Lima (1804)⁴³, dándose la circunstancia de que era cuñado del negociador enviado por el gobierno peruano, el millonario Joaquín José de Osma, marqués de la Puente y futuro suegro de Cánovas. Al igual que en Méjico, el contencioso se había creado por motivos económicos: la deuda contraída por España durante las pasadas contiendas (1810-1824). Tras interminables conversaciones diplomáticas en Madrid, Zabala tuvo la iniciativa desafortunada de comunicar al ministro de Marina que se debía *mostrar el pabellón* enviando una escuadra a los puertos americanos del Pacífico. En fin, se impuso la "dialéctica de los cañones", pero como Prim aún no había retirado el ejército expedicionario de Méjico y se había realizado la anexión de Santo Domingo, cundió la alarma entre las

reconoció al emperador y exigió a Francia la retirada de sus tropas, lo cual hizo Napoleón III (1866). Maximiliano se quedó solo, con sus valientes e insignificantes tropas conservadoras, frente a las fuerzas juaristas con el apoyo de EE.UU. Carlota regresó a Europa y se humilló ante Napoleón III para suplicarle que mantuviera su ejército en Méjico, y enloqueció en Roma cuando invocaba la protección papal. Destrozadas las tropas imperiales en Querétaro, Maximiliano cayó prisionero (15-05-1867) y fue fusilado (19-06-1867) en el Cerro de las Campanas junto a los generales Miguel Marimón y Tomás Mejía. Poco después, Juárez entró triunfal a Ciudad de Méjico (15-07-1867). En cuanto a Prim, que tantas veces había ofrecido su espada y su lealtad a Isabel II, por entonces se lanzaba una y otra vez contra su trono.

⁴³ El general Zabala, conde de Paredes de Nava y marqués de Sierra Bullones, fue nombrado muy poco después ministro de Marina y, más tarde, capitán general.

repúblicas hispanoamericanas al creerse que se trataba de recuperar el dominio español en América.

Sin demasiada urgencia se formó una división naval con las fragatas Resolución y Triunfo y las goletas Vencedora y Covadonga, que al mando de Luis Hernández Pinzón zarpó de Cádiz (10-08-1862) hacia la estación naval que España (al igual que otras potencias europeas) tenía en el Río de la Plata, junto a Montevideo, para la defensa de sus intereses y sus ciudadanos. En abril de 1863, los buques cruzaron el Estrecho de Magallanes, después se presentaron en los puertos chilenos, visitaron los de Perú, repostaron en Acapulco y en octubre fondearon en San Francisco de California. Tras producirse en Perú los graves sucesos de Talambó, donde algunos colonos vascos fueron asesinados, Pinzón exigió explicaciones en agosto, y como no se dieron, se apoderó de las islas Chinchas, muy ricas en guano natural (14-04-1864); pero como no impidió que el Perú continuara su comercio, la ocupación sólo sirvió para alarmar aún más a los pueblos de la América hispana.

Pinzón fue reemplazado por Pareja frente a la bahía peruana de Pisco (07-12-1864), mientras la nueva fragata acorazada Numancia, al mando del capitán de navío Casto Méndez Núñez, zarpaba desde España para incorporarse a la escuadra. El almirante Pareja resolvió en parte el problema con el Perú al recibir del presidente Pezet las debidas satisfacciones y reparaciones a los españoles anteriormente hostilizados; sin embargo, hallándose aún la escuadra frente al puerto limeño de El Callao, estalló un motín que depuso a Pezet y dio el poder al dictador Prado, enemigo de España. En espera de que se confirmase el acuerdo, la escuadra descendió a las costas chilenas para reclamar a su gobierno una satisfacción por ultraje a la bandera de España, llegando a dar el 02-05-1865 como ultimátum⁴⁴. Solidarizados Chile y Perú, declararon la guerra a España y rechazaron las reclamaciones españolas. Pareja respondió con el bloqueo de aquellas costas, por lo que las repúblicas de Bolivia (entonces con salida al mar) y Ecuador se sumaron también a aquella guerra con el apoyo secreto de EE.UU. e Inglaterra. Cuando la goleta española Covadonga, con dos únicos cañones, patrullaba por los archipiélagos del sur de Chile para asegurar el bloqueo, el capitán de navío chileno Arturo Prat, al mando de una fragata que montaba veinticuatro cañones, logró apoderarse de la Covadonga al abordaje, lo que suscitó una oleada de entusiasmo antiespañol en toda América. Al enterarse Pareja de este suceso, en diciembre de 1865, se suicidó pegándose un tiro. La escuadra optó entonces por dirigirse hacia el Perú y fondear no lejos

⁴⁴ En el mes de septiembre de 1865, Pareja había decretado el bloqueo naval de Valparaíso.

de El Callao. Allí se reunió con ella Méndez Núñez, que se encontró con una doble sorpresa transmitida desde Madrid: su ascenso a brigadier⁴⁵ y su nombramiento como jefe de la escuadra del Pacífico. Luego, ordenó la concentración de sus mejores unidades frente al puerto chileno de Valparaíso: seis fragatas, una goleta y tres vapores auxiliares.

Situada la escuadra frente a la bahía de Valparaíso, comprobó que en el puerto había barcos de guerra y mercantes de Inglaterra y EE.UU. en actitud disuasoria, por lo que Méndez Núñez solicitó instrucciones a Madrid y luego puso la escuadra rumbo a las islas del Sur. Allí, los barcos españoles persiguieron a una flota chilena formada por naves de escaso calado a las órdenes del mencionado capitán de navío Arturo Prat, un gran marino como el español, que se dejó encerrar más allá de los bajos de Abtao para que varasen los buques españoles de mayor calado. Pero la escuadra no cayó en la trampa, disparó unos cañonazos de intimidación y salió de aquellos difíciles estrechos navegando hacia Valparaíso.

La estación naval española en el Río de la Plata sirvió de enlace entre la escuadra y Zabala (entonces ministro de Marina) quien comunicó a Méndez Núñez la orden absurda: *Más vale sucumbir con gloria en mares enemigos, que regresar a España sin honra ni vergüenza*. El brigadier contestó (24-03-1866): *Destruiré Valparaíso aunque sea preciso combatir con las escuadras británica y norteamericana, que están aquí reunidas; y los barcos de su majestad católica se hundirán en estas aguas antes de regresar a España deshonorados. Realizaré de esta manera lo que la reina, el gobierno y el país desean: esto es, primero honor sin Marina que Marina sin honor*⁴⁶.

Méndez Núñez intentó solucionar las diferencias con Chile de forma amistosa, pero no fue posible. Aunque el almirante norteamericano y el británico le advirtieron que combatirían ante cualquier acto hostil, el bravo marino español no se amilanó y envió un falucho con bandera blanca para avisar al mando chileno, con cuatro días de antelación, que iba a bombardear la ciudad. Con la Numancia en el centro del ataque, la escuadra avanzó lentamente hacia el interior de la bahía que se abre por la derecha, vista desde la mar, en el alto promontorio artillado y se pierde enfrente de las sua-

⁴⁵ El ascenso de Méndez Núñez a brigadier se debió por haber conducido a la fragata acorazada a través del Estrecho de Magallanes sin novedad, lo cual fue considerado mundialmente como una gran hazaña.

⁴⁶ La frase *primero honor sin Marina que Marina sin honor* se haría célebre, aunque sufrió diversas modificaciones hasta quedar como *honra sin barcos, que barcos sin honra*.

ves playas de Villa del Mar⁴⁷. A las nueve horas del día señalado (31-03-1866), los cañones de la escuadra abrieron fuego batiendo con excelente puntería los edificios oficiales, y también acallaron las baterías enemigas. Satisfecho el orgullo de España, sin que las asombradas escuadras extranjeras osaran frenarle, Méndez Núñez ordenó a su escuadra poner rumbo al norte, siendo arrastrada por la fría corriente de Humboldt hacia el puerto peruano de El Callao, considerado entonces como el mejor baluarte de la costa americana del Pacífico.

En opinión de Pedro Novo y Colson, *la toma de las Chinchas fue una agresión injustificada y arbitraria* y el bombardeo de Valparaíso *la culminación de una acción política que parecía guiada por el disparate*⁴⁸. Según José Ramón Alonso⁴⁹, el brigadier y jefe de la escuadra tuvo que realizar aquel acto estremecedor ante las fortificaciones de El Callao para que él, sus hombres y su escuadra no fueran acusados de cobardes por haber bombardeado un puerto con tan escasas defensas como el chileno.

La escuadra española estaba integrada por siete unidades navales: una goleta y seis fragatas, de las que sólo la Numancia era blindada, pues el resto eran buques de madera variadamente artillados y protegidos⁵⁰. Tras aproximarse y reconocer la costa, Méndez Núñez advirtió al gobierno de Lima sobre sus intenciones y escogió la festividad patriótica del 2 de mayo para el ataque (considerado suicida por los peruanos), sabiendo que le aguardaban las poderosas y recién instaladas baterías costeras de trescientas y quinientas libras. Pese a todo, a las once y media de la mañana se inició el combate. La Numancia, con la Blanca y la Resolución a los flancos, avanzó hacia los fuertes mejor artillados. La Berenguela y la Villa de Madrid, por su parte, atacaron los cañones emplazados al norte del espigón, mientras la fragata Almansa y la goleta Vencedora quedaban en reserva. Minutos antes del mediodía, los cañones de la Numancia abrieron fuego y una granada peruana alcanzó a la Villa de Madrid causando unas cuarenta bajas. Algún barco se aproximó tanto a los fuertes que rozó fondo⁵¹.

⁴⁷ DE LA CIERVA, 1990, II, pp. 408-411.

⁴⁸ NOVO Y COLSON, Pedro: *Historia de la guerra de España en el Pacífico*. Madrid, 1882, p. 189.

⁴⁹ ALONSO, 1974, p. 340.

⁵⁰ La rápida y maciza fragata Numancia, construida en 1861, fue la primera fragata acoirazada del mundo.

⁵¹ DE LA CIERVA, 1990, II, pp. 410-411.

Méndez Núñez, gravemente herido, cedió el mando al capitán Antequera. El duelo artillero entre peruanos y españoles resultó mortífero, pero se impuso la artillería naval. A las cuatro y media, las baterías de los fuertes fueron destruidas a cañonazos; y más tarde, a las seis, el heroico brigadier desde su camilla ordenó izar la bandera de alto el fuego. Después, la escuadra bordeó las playas y se retiró al fondeadero de San Lorenzo para enterrar a sus muertos. Al día siguiente, Méndez Núñez declaró salvado el honor de España y dio la campaña del Pacífico por terminada.

Concluido aquel combate formidable y sin un solo punto donde carbonear desde Acapulco hasta el Estrecho de Magallanes, la escuadra española tan sólo podía retirarse; pero lo hizo con la triste gloria de haber sufrido ciento noventa y cuatro bajas y de haber causado casi dos mil a los peruanos⁵². La mitad de los barcos regresó por el Atlántico y la otra mitad por el Pacífico, realizando escalas en Tahití, Manila y Batavia.

La acción de la escuadra contra las baterías blindadas de El Callao, puede considerarse como una gesta asombrosa y a su vez como un estéril acto de heroísmo que de no haber sido por el gran valor y la pericia aliada con la suerte de nuestros marinos, pudo haber allí perecido. Toda España vibró con los nombres de Valparaíso y El Callao, como había sucedido tras la guerra de África⁵³, y los españoles en América pudieron renovar por vez primera su orgullo patrio después de la batalla de Ayacucho (09-12-1824). Pero en lo que respecta al triste balance y las consecuencias de las operaciones navales en el Pacífico, pueden mencionarse las siguientes:

- 1.- En el terreno diplomático, todos los españoles de Perú y Chile fueron expulsados, demorándose los tratados de paz hasta 1879 y 1882, respectivamente.
- 2.- Las bajas españolas pueden cifrarse en cuarenta y tres muertos, ochenta y tres heridos y sesenta y ocho contusos.
- 3.- El coste fue superior a doscientos millones de reales (algo menos que el de la campaña de Marruecos).
- 4.- El personal de Marina se irritó -con razón- por el abandono en que se le tuvo de material, instrucciones, municiones y recursos en un

⁵² Entre los muertos del histórico combate de El Callao figuraron el coronel Gálvez, ministro de Guerra y Marina peruano, y el coronel Zabala, hermano del entonces ministro español de Marina.

⁵³ Se llamó Plaza de El Callao a la abierta entre la insana red de callejas que nacían del recodo de la calle de Preciados; y Avenida del Pacífico, a la que conducía de la glosieta de Atocha al Puente de Vallecas.

conflicto sostenido a quince mil kilómetros de España. Uno de los comandantes de la campaña, el capitán de navío Juan Bautista Topete, preparó un memorial de agravios que no tuvo una acogida favorable.

Por último, tan sólo añadir que la escuadra tuvo que regresar a vela por falta de carbón y creó un descontento político que se reflejará en la sublevación de Cádiz (18-09-1868). La magnífica fragata Numancia completó su gesta, siendo el primer buque blindado en la historia naval que se arriesgó a dar la vuelta al mundo al regresar a España⁵⁴, lo cual hizo escribir a Galdós: *Cuando a uno se le pierde el alma tiene que dar la vuelta al mundo para encontrarla*⁵⁵. España no estaba perdiendo el alma, pero sí todos los resortes de la paz interior, unido al descontento creciente en el Ejército.

* * *

La guerra que sostuvo España por la incorporación de Santo Domingo fue un error enorme⁵⁶. El presidente de la República Dominicana, general Pedro Santana, en nombre de la aristocracia insular y de un gran sector de la opinión pública, invocó el tratado hispano-dominicano de 1855 por el que España garantizaba la independencia ante la amenaza permanente de los haitianos, y logró la aprobación parlamentaria del acta que reconocía a Isabel II como soberana. Luego, tramitó su solicitud a España (1860) con el apoyo de O'Donnell y Serrano, recibiendo la aprobación (Real Orden de 19-05-1861) cuando el ejército expedicionario de Prim aún se hallaba disponible en La Habana⁵⁷. El Gobierno nombró gobernador y capitán general a Santana⁵⁸,

⁵⁴ La gesta de la Numancia elevó mucho el prestigio de la construcción naval española.

⁵⁵ PÉREZ GALDÓS, 1968, III, p.541.

⁵⁶ Santo Domingo fue cedido a Francia por el tratado de Basilea (1798), reincorporado a España (1814) e independiente por la acción del general José Núñez de Cáceres desde 1821. Su independencia fue desde entonces variable ante los ataques haitianos.

⁵⁷ Serrano, siendo Capitán General de Cuba, se encargó de las negociaciones. Por su gestión obtuvo el ducado de la Torre del Homenaje, en recuerdo de la fortaleza dominicana donde volvió a izarse la bandera española. Sin embargo, la esposa del general, condesa de San Antonio, consideró demasiado rimbombante el nombre de este título y prefirió llamarse duquesa de la Torre.

⁵⁸ ANÓNIMO: *El general don Pedro Santana y la anexión de Santo Domingo a España*. (Madrid), 1862. Santana, promovido a teniente general del Ejército español, falleció antes de la evacuación de la isla.

sucediéndole después otros gobernadores hasta el general José de la Gándara y Navarro, que fue el último⁵⁹.

La campaña militar de Santo Domingo duró cinco años y supuso un coste muy elevado. Se financió con recursos de Cuba, que terminaron agotándose, y de ahí que en 1864 la situación fuera desesperada. Tan sólo en 1863 el general ministro José de la Concha envió a quince mil hombres, Lersundi otros cinco mil y Marquesi cuatro mil más, y esto sin contar las fuerzas que partieron de Cuba y Puerto Rico. Se requirieron treinta mil hombres, siendo éstos renovados mediante rotación cada seis meses para cubrir las bajas. Las pérdidas humanas fueron de ¡un batallón al mes! Casi quince mil españoles murieron de fiebre amarilla en los hospitales y en las ciénagas. Un verdadero desastre. Después, será Narváez como jefe de Gobierno quien decidirá el abandono de Santo Domingo, no sin arriesgar una crisis, pues la Reina se opondrá por temor a las consecuencias políticas del fracaso, acordándose la evacuación de las fuerzas españolas en las Cortes (01-05-1865)⁶⁰.

Tantas contrariedades -Indochina, Méjico, el Pacífico y Santo Domingo- provocaron el máximo descontento del Ejército a comienzos de 1864, pues las glorias pasadas de Marruecos comenzaban a olvidarse y sin haber supuesto ningún provecho material para España.

A principios de enero de 1863, el debate sobre el discurso de la Corona puso de manifiesto el agotamiento de la Unión Liberal, el desconcierto y la desunión de las fuerzas del centro y de la derecha, como también el duro enfrentamiento de los progresistas que, aunque muy divididos, ansiaban recuperar el poder. Por entonces, cuando el duque de Tetuán trataba de salir de la confusión provocada por las reacciones de los progresistas contra el regreso de la odiada reina madre⁶¹, se produjo el escándalo creado por Ríos Rosas y Cánovas, ambos jóvenes dirigentes de la Unión Liberal, al votar contra el discurso de la Corona por haberse aprobado la retirada de Prim en Méjico (en realidad se debió a la Reina y no a O'Donnell) y abandonar después el partido. Ante la

⁵⁹ GÁNDARA Y NAVARRO, José: *Anexión y guerra de Santo Domingo*. Madrid, 1884, 2 vols. También es digno de mención el estudio de GONZÁLEZ TABLAS, Ramón: *Dominación y última guerra de España en Santo Domingo*. Madrid, 1870, 2 vols.

⁶⁰ Las relaciones diplomáticas entre España y la República Dominicana no se reanudarán hasta 1875.

⁶¹ María Cristina de Borbón se hallaba desterrada en París tras su expulsión en 1854. O'Donnell escribió a Isabel II desaconsejando su regreso, que tuvo que ser aplazado hasta el 30-09-1864.

crisis, O'Donnell decidió formar un nuevo gobierno dando la cartera de Estado al duque de la Torre, la de Gobernación al marqués de la Vega de Armijo, y se reservó las de Guerra y Ultramar⁶². No obstante, la propia Reina quería un relevo progresista "templado" y se lo prometerá varias veces a Prim (1863-64), aunque la oposición de O'Donnell, Narváez y los propios progresistas con sus enconadas divisiones (Olózaga estaba celoso de Prim), hará que Isabel II busque otras soluciones.

Narváez vuelve al poder

El general O'Donnell cayó del poder (02-03-1863) por la ruptura de los hombres del unionismo y no debido a las presiones políticas o militares existentes. Como la Reina no le había confiado el poder para liberalizar el país, sino para evitar el avance progresista, regresaron en consecuencia los moderados.

Si la propia estabilidad de la monarquía pudo obtenerse mediante la alternancia entre izquierdas y derechas, quedó entonces rota por la intransigencia de la Reina; y precisamente la obstrucción real fue lo que potenció la lucha armada. El partido progresista, dirigido por Olózaga, se retrajo de la política y negó toda su colaboración; además, como los medios legales no conducían al gobierno, los progresistas decidieron entregarse a la conspiración desde 1863 para preparar un pronunciamiento con el Ejército, ya que la Milicia Nacional no existía tras su disolución.

El general Prim, al frente de los militares del partido, se configuró entonces como *espadón in pectore*. Era un ambicioso soldado voluntario que llegó a coronel a los veintiséis años por la explotación de insulsos méritos de guerra contra los carlistas, y que llegó a convertirse en héroe nacional gracias al episodio de Los Castillejos⁶³. Inteligente y audaz, el conde de Reus no era propiamente un revolucionario sino un hombre de acción deseoso de medrar en la política, cuyo camino le vetó la cerrazón de la derecha en el poder. Aun-

⁶² El marqués de la Vega de Armijo era sobrino de doña Manuela, esposa del general O'Donnell. La Reina no aprobaba su nombramiento pero accedió ante las presiones del duque de Tetuán. Fue la llamada *Crisis de doña Manuela*. Desde entonces, Isabel II preparó su venganza celebrando públicas conversaciones con Prim y Cortina (los progresistas más adictos a la Corona), aunque el partido progresista estaba desmantelado por la Unión Liberal. Le ofreció el poder al general Prim si lograba hacerse con la jefatura del progresismo desbancando a Salustiano Olózaga.

⁶³ Ver nota nº 10.

que vinculado al partido progresista, siempre desconfió de la Milicia Nacional y del poder armado en manos de los civiles, y no sólo odiaba a los conservadores sino también a los demócratas por su condición de republicanos y dados a los pactos con los obreros.

Tras los efímeros gobiernos del marqués de Miraflores⁶⁴, Lorenzo Arrazola y Alejandro Mon, el duque de Valencia volvió al poder (16-09-1864). Sin embargo, los unionistas, despechados por haber sido desplazados, se negaron a colaborar con él cuando intentó formar gobierno. El general moderado pactó entonces con la extrema derecha de Cándido Nocedal y logró mantener una política sólida al controlar el Ejército. Aunque la prensa clandestina republicana desprestigiaba a la Reina, los conflictos parecían por el momento controlados, ya que los progresistas pugnaban entre sí, y los demócratas estaban escindidos entre los *individualistas* de Castelar y los socialistas de Pi y Margall. Sin embargo, los campesinos andaluces mantenían la tradición de las sociedades secretas carbonarias y periódicamente estallaban revueltas de desesperación como la mencionada de Loja (1861).

Narváez anunció sus intenciones políticas con una rotunda proclamación del liberalismo: *Voy a ser más liberal que Riego*. Pero, las experiencias liberales no podían ser nada fáciles desde que se difundió en Roma (08-12-1864) la encíclica *Quanta cura* (condena absoluta al liberalismo y la libertad de cultos) y sobre todo su apéndice, el *Syllabus*, que catalogaba los ochenta errores más importantes del credo liberal. Neocatólicos y carlistas cerraron filas en torno al episcopado para defender las posiciones del Papa, mientras que Salmerón y Olózaga criticaron con energía ambos documentos por afectar de lleno al régimen liberal. Narváez, que había prometido ser más liberal que Riego, no concedió el preceptivo *pase regio* (en contra de la voluntad de la Reina), pero luego tampoco se opuso cuando varios obispos

⁶⁴ Miraflores disolvió las Cortes y convocó elecciones generales para el mes de octubre. Sin embargo, dictó en el verano una circular a los gobernadores (captada y muy difundida por los progresistas) restringiendo mucho el derecho de reunión y propaganda electoral de izquierdas. Olózaga hizo público su famoso manifiesto (08-09-1863) en el que anunció el *retraimiento* y por tanto la incompatibilidad del partido progresista con el régimen y el trono, concluyendo que *el partido progresista se retira por completo de la vida pública*. Al comprobar Prim que la corriente del partido se desviaba hacia la rebeldía y que Olózaga le cerraba el camino político, decidió la otra vía normal del siglo XIX para ocupar el poder: el pronunciamiento. A partir de entonces se dedicó a conspirar en los círculos militares y jamás volverá a desenvainar la espada por la Reina, sino contra ella.

decidieron publicarlos. Poco después, cuando el Consejo de Estado recomendó otorgar el *pase regio*, los anatemas de Pío IX circularon libremente por España y suscitaron una gran reacción anticlerical de los progresistas y de la red de logias masónicas que había separado a O'Donnell de Narváez y que impulsarán al primero a retomar el poder y reconocer el reino de Italia como objetivo gubernamental frente a la intransigencia de la Santa Sede.

Ante las vacilaciones de la monarquía española en sostener o no la causa pontificia en Italia, el diputado neocatólico Antonio Aparisi y Guijarro profetizó la revolución. Se produjo además una nueva aproximación del rey consorte Francisco de Asís a los carlistas, entusiasmados porque la enérgica princesa de Beira había por proclamado al duque de Madrid como Carlos VII, frente a la nueva esperanza isabelina: el Príncipe de Asturias Alfonso. Pero por si fueran pocos los males de la monarquía liberal, progresistas y demócratas pactaron (03-03-1865) para destronar a Isabel II.

Situación de profundo malestar en el Ejército

El panorama político resultaba un tanto sombrío: los progresistas preparando su alzamiento, la pugna entre Narváez en el poder y O'Donnell, y la *cuestión romana* desde la condena firme de Pío IX al liberalismo. En cuanto al Ejército, su situación no podía ser más penosa: su tristeza por las glorias militares sin fruto, su disciplina reinante, su miseria presupuestaria (otra terrible crisis económica se abatía sobre España) y, sobre todo, sus grandes desencuentros de las últimas campañas, en lo que influía y no poco la repatriación de las tropas que combatieron en Santo Domingo y la pública irritación de la Armada. Comenzaba a percibirse en la vida española el desprestigio creciente del Ejército. El propio ministro de la Guerra, Fernández de Córdoba, declaró en sus *Memorias íntimas: la mayoría de nuestros oficiales pasaba la vida en el café, donde se oscurecían privada y colectivamente, oscureciendo al Ejército, añadiendo que un Ejército oscuro, pobre, sin rango en la sociedad, sin ningún prestigio aristocrático, sin nada que le preste ostentación y brillo, se colocará por impulsos irrefrenables e irresistibles más cerca de la democracia que del trono*⁶⁵.

La oficialidad era de clase media, mientras que una gran parte del generalato era aristócrata. En 1868, todos los capitanes generales tenían al menos un título nobiliario, como también veintisiete de los sesenta y un

⁶⁵ FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Fernando (General): *Memorias íntimas*. Madrid, 1966, vol. II, p. 324 y ss.

tenientes generales. Fernández de Córdoba escribió que algún remedio supondría volver a crear la Guardia Real, rotando por ella a todos los oficiales, que *serían a diario admitidos en la mesa de su majestad*; por ello ascendió a tenientes generales a Mayalde, Puñonrostro, Pavía, Ossorio y Villavieja, que en tiempos de Fernando VII habían sido sus compañeros en los regimientos de la Guardia Real.

Como paradoja, el llamado *ejército de los cinco duques* será el que empuje el proceso de convulsión revolucionaria que estallará en 1868: el primero, el general Espartero, duque de la Victoria, retirado en su palacio de Logroño desde 1854; el segundo, el general Narváez, duque de Valencia, que fallecerá de una pulmonía (23-04-1868); el tercero, el general Serrano, duque de la Torre, descontento también por su alejamiento del poder e inclinado por sus ambiciones hacia las filas progresistas; el cuarto, el general O'Donnell, duque de Tetuán, que fallecerá desengañado en Biarritz (03-11-1867); y el quinto, el general Prim, marqués de Los Castillejos, y que a título póstumo recibirá el ducado de Prim. Por otra parte, también fue hecho duque el general San Miguel, fallecido en 1862 a los setenta y siete años; y aunque no siempre en inferiores jerarquías a los cinco primeros duques mencionados, pero sí con menos influencia, estaban el marqués del Duero, el marqués de La Habana, el conde de Cheste y el marqués de Novaliches⁶⁶.

No hubo una preponderancia aristocrática en el Ejército, pero la monarquía liberal recompensó a sus generales con la concesión de más de un centenar de títulos nobiliarios. El Ejército estaba descontento e irritado y, por tanto, propicio a los grandes cambios, sobre todo con una monarquía en crisis. De ahí que desde 1866 se llegara incluso a pensar en una posible regencia con el príncipe Alfonso⁶⁷. El primero de una serie nueva de pronunciamientos será el intentado por Prim en Villarejo (03-01-1866). Pero además, resulta interesante comprobar, como paradoja, que una buena parte del ejército de Filipinas se componía de tagalos y que el Ejército español fue uno de los primeros en tener oficiales de color, algunos de los cuales se distinguieron en la campaña de Santo Domingo. Sin embargo, en un mundo aún esclavista y al término de dicha campaña militar antillana, el general Dulce escribió al general ministro Fernández de Córdoba notificándole que estos oficiales de color fueron enviados a Canarias y no a Cuba, *porque por más que esto parezca cruel, negros*

⁶⁶ ALONSO, 1974, p. 343.

⁶⁷ La rama carlista atravesaba una crisis aún mayor que la isabelina. Se debía a la renuncia realizada por el liberal Juan de Borbón (20-09-1860) y a que el futuro Carlos VII tenía sólo diecinueve años cuando falleció O'Donnell (03-11-1867).

con entorchados y galones producirían aquí un escarnio⁶⁸. En definitiva, había diez *compañías disciplinadas de color* en Cuba, pero normalmente todos sus oficiales eran peninsulares.

Es muy posible que el teniente general Antonio López de Letona haya sido quien ha realizado el mejor estudio crítico sobre los problemas y las frustraciones que creaban aquel gran malestar en el seno del Ejército. En su obra *Estudios críticos sobre el estado militar en España* (Madrid, 1866), pedía comprensión: *Es preciso que todos nos comprendan... nos abrumba el personal sobrante en las altas clases, y no hay quien sirva en las inferiores... Nuestra instrucción militar carece de base mientras no se determine el sistema defensivo del reino... Estamos de acuerdo con los que dicen que hay muchos más generales que los necesarios*⁶⁹. Por otra parte, trató de distinguir los hombres de corazón de los hombres de cabeza, y a unos y a otros, de los vividores, que tampoco podían faltar en un escalafón que al mediar el siglo XIX contaba con cerca de seiscientos oficiales generales, tal como puede observarse en el siguiente cuadro⁷⁰.

Estado Mayor General (1816-1868)			
Años	Brigadieres	Mariscales	Tenientes Generales
1816	417	185	134
1826	245	110	72
1833	364	133	72
1845	395	186	64
1854	403	182	72
1859	384	152	66
1868	321	123	62

Hasta el Real Decreto de Retiros (01-07-1863) no hubo un sistema reglado que permitiera retirarse a cuantos lo solicitasen de forma voluntaria, siempre que tuviesen dos años de antigüedad en el último empleo, cuarenta de servicios con los abonos de guerra y hubiesen cumplido sesenta y dos años los brigadieres, sesenta y cinco los mariscales de campo y sesenta y

⁶⁸ FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, 1966, II, p 331.

⁶⁹ LÓPEZ DE LETONA, Antonio: *Estudios críticos sobre el estado militar de España*. Madrid, 1866.

⁷⁰ ALONSO, 1974, p. 349.

ocho los tenientes generales. Los sueldos de retiro eran, respectivamente, de treinta y dos mil, cuarenta mil y cuarenta y cinco mil reales anuales, lo que equiparaba a los brigadieres con un oficial tercero del Ministerio de Hacienda y suponía un evidente agravio comparativo. En 1858, antes del mencionado decreto, tenían más de setenta años: diecisiete de los tenientes generales, treinta y tres de los mariscales de campo y sesenta y dos los brigadieres; y, respectivamente, dos, siete y nueve pasaban de los ochenta años⁷¹.

De los seiscientos a setecientos generales, sólo doscientos diecisiete tenían posible destino en la Península o en Ultramar, y el resto estaba de cuartel, con la sensible reducción en su paga. No se reglamentaron severamente los ingresos y los ascensos hasta el 31-06-1866, estando Narváez en el Ministerio de la Guerra, quedando entonces en teoría abolidos los grados superiores a los empleos efectivos que antes se prodigaban, con la excepción de que pudiera permutarse por el ascenso una cruz laureada de San Fernando. La paga de un soldado seguía siendo de sesenta reales mensuales, incluidos sus gastos de cuartel, alimentación, dinero en mano y vestuario. Sólo multiplicando los permisos, se podía conseguir el milagro de alimentar, pagar y uniformar al soldado con dos reales diarios.

El sistema de reclutamiento seguía basándose en las quintas y los sorteos, librándose quienes conseguían los números más bajos, pero como muchos tenían que prestar servicio al redimirse otros a metálico, cada perjudicado por este sistema *se juzga víctima de una ley arbitraria y reniega hasta de la sociedad que lo consiente*, como bien señala López de Letona. Se abonaban seis mil reales a los veteranos reenganchados, dos mil reales a los que alcanzaban la licencia absoluta, y se pagaban también seis mil reales por las redenciones a metálico, con lo que sólo los pobres estaban obligados al servicio de las armas. Fue Fernández de Córdoba, como ministro de la Guerra con Narváez, quien redujo el servicio militar de ocho a cuatro años, manteniéndose las primas de enganche en ocho mil reales. El propio general ministro afirma que *el vulgo no deja de llamar vendidos a los que se alistán por el cebo de una remuneración pecuniaria*. Las capitanías generales seguían siendo diecisiete, contando las cinco de Canarias, Baleares, Puerto Rico, Filipinas y Cuba.

Un servicio militar tan prolongado explica *el aborrecimiento que la quinta inspira en todas las clases de nuestro pueblo*, critica López de Letona, asegurando además que *un ejército mercenario sea el más caro y malo de todos los ejércitos*, al menos si se tiene en cuenta lo sucedido a los ingleses en la

⁷¹ LÓPEZ DE LETONA, 1866, p. 165.

guerra de Crimea⁷². Artillería e Ingenieros disfrutaban el privilegio de poder elegir a los mejores hombres y a los que tenían algún oficio, de lo cual se resentían las demás Armas. La Milicia Nacional había suplido a veces al Ejército, constituyendo una reserva general, pero el propio general estimaba que *si el pensamiento es colocar un ejército político frente al ejército militar, esto es la combinación más ingeniosa que pueda imaginarse para mantener el país permanentemente preparado a la guerra civil*. Dentro de la corriente antimilitarista española que prosperó desde 1850, Manuel Sáinz de los Terreros en su obra *El ejército y el militarismo, cuestión de actualidad* (Madrid, 1886) llegó a escribir una frase común por entonces: *de la Infantería en tiempo de paz, no comprendemos las ventajas*.

Aceptando la división propuesta por López de Letona, entre los *hombres de cabeza* (San Miguel, Villamartín, Almirante, Barado, Banús, Clonard, Ros de Olano, Vallecillo y Aparisi, entre otros) y los *hombres de corazón* (Riego, Espartero, O'Donnell, Prim, Dulce y otros), que eran los llamados *espadaones*, impetuosos y valientes, aunque poco ilustrados, puede decirse que esta división se fue acentuando a lo largo del siglo XIX; y también puede decirse que el Estado Mayor siempre tuvo enemigos tanto entre los conservadores como en los liberales.

En cuanto a los asistentes, los abusos resultaban muy frecuentes. Fernández de Córdoba afirmó que sólo suprimiendo la pluralidad de asistentes pudo incrementar el Ejército en seis mil hombres⁷³. Paul Azan en su estudio *La Légion Etrangère en Espagne, 1835-39* (París, 1909) confirma este comentario y añade que la situación era aún peor antes de 1835, cuando tuvo que reducirse el número de asistentes porque un oficial llegaba a tener tres o cuatro asistentes, dándose incluso el caso que *un batallón de carabineros tuviera un solo hombre disponible*⁷⁴. Hubo en el Ejército asistentes famosos⁷⁵ como *Miguelón*, que sirvió a los generales Tomás de Zumalacárregui y Luis Fernández de Córdoba, y que de simple soldado logró la laureada de San Fernando, o también Cesáreo Orbea, asistente del general Zarco del Valle durante treinta años. Galdós en sus *Episodios Nacionales* menciona a *Bodega*, que sirvió a Narváez y que se hizo célebre por ser el único militar en todo el Ejército que se permitía contradecir al duque de

⁷² *Ibidem*. p.42.

⁷³ FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, 1966, vol. II, p. 325.

⁷⁴ AZAN, Paul: *La Légion Etrangère en Espagne, 1835-39*. París, 1909, p. 46.

⁷⁵ FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, 1966, I, p. 180.

Valencia, y además, en las largas temporadas que el general pasó en París, le acompañaba a los restaurantes y a las funciones de teatro⁷⁶.

Pero, sobre todo, es preciso destacar que el mayor problema del Ejército era el de los artilleros, cuerpo de alta preparación técnica donde los oficiales se dividían entre "facultativos" y "prácticos", y estos últimos, procedentes de tropa, tan sólo podían llegar al grado de capitán. Fernández de Córdoba, un ministro emprendedor, trató de resolver esta cuestión que ya incomoda desde 1816 cuando casi todos los artilleros se hicieron liberales, proponiendo la creación de siete nuevas plazas de comandante para los prácticos, con destinos en cajas y almacenes, y otras seis plazas más de capitanes con mando en las maestranzas. Sin embargo, ante la protesta de los oficiales facultativos de Cataluña, el gobierno de Narváez no llevó a efecto esta iniciativa⁷⁷. Fernández de Córdoba señala cómo se iba creando una amenaza, porque *la oficialidad facultativa, joven, instruida, valerosa y de tendencias aristocráticas, trataba con cierto desdén y aire de excesiva protección a los oscuros hijos del pueblo que figuraban en la escala práctica, y éstos, a su vez, pagaban aquellos sentimientos con la aversión y el odio*⁷⁸.

1865. LA NOCHE DE SAN DANIEL Y LOS ESTUDIANTES

De la serenata a un rector depuesto a la revuelta progresista en Madrid

En la primavera de 1865, entre el clamor de la izquierda por el reconocimiento del reino de Italia, el profesor Julián Sanz del Río, discípulo del filósofo alemán Krause, difundió en España su obra *El ideal de la*

⁷⁶ GALDÓS, 1968, II, pp. 1561-1562.

⁷⁷ *Historia de las Fuerzas Armadas*. Zaragoza-Barcelona, Ediciones Palafox-Editorial Planeta, 1983, vol. II, p. 119. El litigio entre la escala práctica (personal procedente de tropa) y la facultativa, ocasionará el sangriento levantamiento del cuartel de Artillería de San Gil en Madrid. El pleito quedará zanjado por una disposición dictada en 1867 por la que quedaba suprimida la escala práctica de oficiales, pudiendo sus componentes pasar a las Armas de Infantería y Caballería. Pero la negativa de los artilleros a convivir con el responsable de lo sucedido en San Gil y el criterio sostenido por el Gobierno de igualdad para todos, suprimiendo la obligación de acreditar la limpieza de sangre para alcanzar el grado de oficial, la desaparición del fuero para la Artillería y el conflicto con la escala práctica, harán que la mayoría de los jefes y oficiales soliciten el retiro, en respuesta de lo cual el general Fernández de Córdoba decretará la disolución del Cuerpo.

⁷⁸ FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, 1966, II, p. 317.

Humanidad para la vida. Su inclusión en el *Índice* de los libros prohibidos desató una gran polémica entre los llamados *demócratas de cátedra* o krausistas y los neocatólicos, sembrada de intransigencias y mutuas exclusiones, dándose también a su vez un enfrentamiento creciente entre los propios krausistas, llamados así mismos *intelectuales* (no concedían tal rango a sus oponentes, pese a que contaban con excelentes pensadores) y la Corona.

Esta lucha ideológica de tipo académico coincidió con el inicio de un período de crisis económica y, precisamente, *La Noche de San Daniel* tuvo su origen en las críticas a la venta de bienes del Real Patrimonio, medida impopular debida a la bancarrota de la Hacienda, y con la que se pretendía atenuar el déficit público y resarcir las deudas contraídas con la Reina. El ministro de Hacienda, Alejandro Castro, había elaborado los presupuestos generales del Estado como propaganda política; sin embargo, Narváez expuso a Isabel II que la situación verdadera del Erario era casi catastrófica, proponiéndole como solución la venta de bienes pertenecientes al Real Patrimonio⁷⁹, quedando repartida la recaudación a partes iguales entre la Corona y el Estado. La Reina aceptó la propuesta, aunque sabiendo que tal medida resultaría impopular y se reservó sólo la cuarta parte y no la mitad⁸⁰.

La gravedad de la situación política se agudizó cuando el gobierno de Narváez publicó una circular prohibiendo a los catedráticos expresar ideas contrarias a la Corona y al Concordato de 1851, tanto en el ejercicio de la docencia como fuera de ella. Esta prohibición fue contestada por Emilio Castelar⁸¹ en un violento artículo titulado *El rasgo*, aparecido en *La Democracia* (25-02-1865), con el que arremetió contra Isabel II afirmando que *el Patrimonio Real es del país, es de la nación, no es de la Reina*. El artículo recogía el sentir popular y se reprodujo en pasquines por todo Madrid, aunque no evitó que el proyecto de ley fuera presentado en las

⁷⁹ Se consideraban intocables aquellos bienes del Real Patrimonio que estaban vinculados expresamente a la Corona, por ejemplo: el museo del Prado, el monasterio de El Escorial, los palacios reales y los reales sitios. Sin embargo, había bienes que se habían ido acumulando al Patrimonio a través de los siglos y cuya situación imprecisa parecía permitir su libre disposición, si se llegaba a un acuerdo entre la Corona, el Gobierno y las Cortes. Es lo que pretendía Narváez tras consultar a eminentes juristas.

⁸⁰ Entre los bienes enajenables del Real Patrimonio había algunos tan tentadores como: grandes zonas del Bajo Retiro, entre el parterre y el Salón del Prado, desde la calle de Alcalá al Jardín Botánico, donde ya se había iniciado la construcción de un barrio aristocrático y se gestaba la especulación del suelo.

⁸¹ Castelar era el director de *La Democracia* y catedrático de Historia de la Universidad Central.

Cortes a primeros de marzo para su aprobación. El ministro de Fomento, Alcalá Galiano⁸² ordenó al rector de la Universidad Central, Juan Manuel Montalbán, que abriera expediente a Castelar y le destituyera de su cátedra ganada por oposición. Pero Montalbán se negó y el ministro publicó en La Gaceta su cese como rector nombrando en su lugar al moderado Miguel Baamonde, marqués de Zafra. Esto provocó la dimisión de los catedráticos Nicolás Salmerón y Miguel Morayta, así como de Canalejas, Figuerola, Ferraz y Valle.

La Iberia publicó la noticia (16-03-1865) que sería el desencadenante de la *Noche de San Daniel: El Consejo de Instrucción Pública, observando la conducta que le cumplía y que honra su independencia ha desechado, según consta, la adición que el ministro de Fomento quería hacer por animosidad e incalificable complacencia, al artículo 23 del Reglamento de Estudios para separar a los profesores liberales de sus cátedras*. Y, más adelante, apuntó: *Se ha creado una lista de personas, a mediados de marzo, no gratas en Madrid, principalmente liberales y demócratas*.

La reacción de los moderados fue abiertamente represiva, intentando controlar la situación de deterioro que afectaba a la Corona. González Bravo, ministro de Gobernación, confeccionó una ley cuyo texto fue el siguiente:

1. Derecho del Gobierno para suspender cuanto lo estime conveniente las garantías constitucionales.
2. Derecho a variar el domicilio de las personas que juzgue peligrosas para el orden.
3. Derecho a efectuar registros domiciliarios y a imponer la Ley Marcial siempre que lo estime oportuno, debiendo ser juzgados los que delincan con arreglo a las leyes militares.
4. Derecho a suspender la publicación de periódicos diarios.

La Iberia publicó (04-04-1865) lo siguiente: *Se confirma la próxima destitución del rector de la Universidad Central, señor Montalbán, y se confirma el reemplazo del marqués de Zafra, a quien un periódico ha dicho que se le imponía como condición la destitución de Castelar*. Por este motivo, los estudiantes simpatizantes de Castelar (ya entonces ex catedrático de Historia) decidieron organizar una serenata en homenaje al rector depuesto y solicitaron el debido permiso, que les fue concedido:

⁸² Fomento incluía la gestión universitaria y educativa.

Se autoriza al marqués de Floridablanca para que con compañeros suyos, alumnos de la Universidad Central, den una serenata la noche del día 8 del corriente en la calle Santa Clara. Quedan los concesionarios por virtud de esta autorización obligados a conservar el orden durante el acto de música. Madrid, 7 de abril de 1865. Por orden M. García Sánchez.

Pese a la autorización del acto estudiantil, las fuerzas del orden ocuparon las calles y avenidas que daban acceso a la calle Santa Clara y detuvieron a cuantos accedían a ella. Aunque luego el acto fue prohibido por el ministro de la Gobernación, un numeroso público acudió ante la casa de Montalbán en la calle del Arenal, donde se celebró la serenata ilegal entre una profusión de gritos que fueron considerados como subversivos por el Gobierno. En consecuencia, por orden de Narváez, la Guardia Civil Veterana⁸³ y varios destacamentos militares despejaron la calle, además de la Puerta del Sol y la plaza de Isabel II, llena de estudiantes y de otras muchas personas que dedicaron a la estatua de la Reina una silbada monumental. Quedaron pues cerradas esas vías aquel sábado por la noche y al día siguiente (domingo, 09-04-1865) no ocurrió nada.

El lunes por la mañana, día de los santos Daniel y Ezequiel, hubo una actividad inusitada en los barrios habituales de la agitación progresista para politizar la protesta estudiantil. Aquella misma mañana se celebró en el caserón de Noviciado, casi a puerta cerrada, la toma de posesión del nuevo rector. Sobre el portalón, los alumnos colocaron un cartel que decía: *Cuartel de la Guardia Civil*. Los guardias hicieron algunas cargas contra los estudiantes hasta la plaza de Santo Domingo, pero sin consecuencias.

Sin embargo, los agitadores progresistas relevaron a los estudiantes por la tarde arrastrando a sus disciplinados seguidores de los barrios bajos hacia la Puerta del Sol, que había sido tomada por la fuerza pública. Allí llegaron por las rutas de siempre (la plaza de Antón Martín y las calles del León y de Carretas) empujando a los guardias, que se retiraron al centro de la plaza, y propinaron un gran abucheo al ministro de la Gobernación, Luis González Bravo, que intentó salir del ministerio para arengar a los guardias. Luego, el ministro ordenó la inmediata represión de los disturbios. Las fuerzas de orden público, apoyadas por varias secciones de Infantería y una

⁸³ La Unión Liberal, civilista en su administración, mantuvo el esquema del orden público basado en la Guardia Civil, reforzada desde 1859 por la llamada *Guardia Civil Veterana*, unidad de reserva ubicada en Madrid, que se reclutó entre licenciados del Ejército y estuvo en servicio hasta su desaparición en 1868. La Guardia Civil Veterana constituía una unidad especial de choque contra disturbios urbanos.

compañía de Caballería, cargaron contra los revoltosos, que respondieron a su vez con una lluvia de piedras y algunos disparos de arma corta. La Guardia Civil aplicó entonces estrictamente su reglamento, disparó dos veces al aire mientras caían algunos números y, luego, tiraron a dar. Acto seguido, se produjo la acción de Caballería, disparos de fusil y cargas con la bayoneta calada contra la multitud, que huyó despavorida por la Carrera de San Jerónimo hacia el Paseo del Prado. Los agitadores trataron de formar barricadas en las Cuatro Calles, pero huyeron ante los disparos de la Benemérita, mientras la Caballería trataba de envolverlos por la calle de Cedaceros. Al concluir la revuelta, según la prensa de izquierdas y los cronistas, quedaron sobre la calle catorce muertos y casi doscientos heridos entre los manifestantes. Las bajas de las fuerzas del orden y militares también fueron importantes, pero no se dieron cifras. Al día siguiente, Salustiano Olózaga, según su costumbre, puso nombre a los hechos políticos: *la Noche de San Daniel*.

La Iberia recogió los hechos de última hora (10-04-1865): *A la muy avanzada hora de la noche se nos da la noticia de que es altamente verosímil que hoy aparezca en la Gaceta un decreto declarando en Estado de Sitio la nación o bien la capital de la Monarquía... Narváez dirige personalmente la represión en la Puerta del Sol, vestido de uniforme. Una fuerza de caballería cargó en la Carrera de San Jerónimo sobre la multitud y allí fue herido el señor Viedma, que pertenece al Partido Moderado.*

Otro periódico, *La Discusión*, publicó la siguiente noticia: *Puede decirse que a la hora que escribimos estas líneas, Madrid está tomada militarmente. Grandes pelotones de infantería, escuadrones de caballería y bravos generales recorren las calles. Y el fundamento de tan inconcebibles miedos no es otro que el de haberse aglomerado estudiantes alrededor de la casa del ex rector señor Montalbán. Y apenas los estudiantes comenzaron a hacer de las suyas yendo de una calle a otra con la acostumbrada algazara, las calles se llenaron de soldados de los cuarteles donde ya estaban preparados. Y el Gobierno, que antes había concedido el permiso para tal acto, lo ha retirado por miedo a las tempestades revolucionarias que pudieran desencadenar. Ayer maniobraron en las afueras de Madrid seis batallones de la guarnición. ¿Quién dudará que este Gobierno tiene el mérito de la oportunidad?*

Aquel mismo día, González Bravo expuso en el Senado (10-04-1865) el conjunto de medidas gubernamentales para acallar las voces de protestas suscitadas por los hechos y, ante las interpelaciones dirigidas al Gobierno, el presidente del Senado decidió censurar la prensa expulsando a los periodistas de la sala. En respuesta, éstos decidieron no volver a la tribuna mientras el general Concha, marqués del Duero, ocupara el sillón presidencial.

Según *La Iberia*, el marqués de Molins interrogó a González Bravo sobre el gran despliegue de fuerzas militares y el restablecimiento del orden, contestando éste que el Gobierno estaba dispuestos a conservar el orden y a resistir a todos los que intentaran alterarlo, pues en todos los tiempos había personas dispuestas a hacerlo.

Sin embargo, lo cierto es que el Gobierno había revocado el permiso concedido a los estudiantes por temor a que su serenata se convirtiera en una manifestación política en su contra, como así ocurrió dos días después. El respaldo de los militares resultó evidente y Narváez les dejó manos libres contra los revoltosos. Las fuerzas encargadas de reprimir un simple acto estudiantil, ascendieron a unos mil hombres entre Caballería e Infantería, a los que habría que añadir la cifra de las tropas acuarteladas en Madrid que ascendía a unos cuarenta mil hombres, casi la mitad del Ejército de entonces. El alarde de fuerzas empleadas para reprimir la serenata estudiantil y la represión en las calles, demostraron el miedo que reinaba en los círculos de poder y la fragilidad del Gobierno, que confiaba más en las bayonetas que en la política.

La prensa de izquierdas publicó (11-04-1865) un suplemento ratificado por los diarios *Las Novedades*, *La Iberia*, *La Nación*, *La Soberanía Nacional*, *El Pueblo* y *La Democracia*⁸⁴, tratando de exponer lo que ocurría y las medidas que debían adoptarse. El editorial decía: *Sólo la reacción podría tener hoy interés en que se turbe el orden público. Los amantes de la libertad científica, de la libertad política, los jóvenes estudiosos, los liberales todos, ahora más unidos que nunca, deben de sofocar hasta los más nobles instintos para no caer en el lazo que pudieran tenderles los reaccionarios. Orden para asegurar el triunfo completo y definitivo de la libertad. Que sea cauta la juventud generosa. Calma, prudencia y fe en el porvenir.* Este editorial revelaba la situación del país a sólo tres años de la *Revolución Gloriosa* y analizaba las causas de la represión indiscriminada sin detenerse ante simples insultos y voces subversivas a personas *inviolables* con los que el Gobierno quería justificar su actuación.

La censura también fue muy dura. La prensa que intentaba contar o criticar estos hechos fue denunciada sistemáticamente. *La Democracia*, por ejemplo, publicó durante varios días su primera página en blanco con un texto muy escueto: *Nuestro número de hoy ha sido denunciado.* Además, desde diversos puntos de España llegaron a los periódicos numerosos escritos de estudiantes en solidaridad con el ex rector Montalbán y cartas de tes-

⁸⁴ El director de *La Discusión* no pudo firmar por no haber sido encontrado.

tigos indignados por la represión ejecutada por las fuerzas del orden. El mencionado periódico publicó asimismo las siguientes noticias: *En el hospital Princesa falleció un niño de nueve años a consecuencia de una herida que recibió por la espalda* (catorce serán los muertos por los hechos ocurridos en la Noche de San Daniel) y *los presos, que pasan de cien, están sometidos a una comisión militar* (serán en total ciento sesenta presos, según fuentes posteriores). Entre todas las noticias de prensa, merece especial mención la aparecida en *La Discusión* (13-04-1865): *El lunes, un individuo fue conducido al Principal, a quien se le cortaron los dedos de una mano en el momento de prenderle. Su delito, según parece, el curiosear por la Puerta del Sol.*

La Noche del Matadero

Antonio Alcalá Galiano, antiguo constituyente de Cádiz y liberal exaltado, y entonces ministro moderado de Fomento, se había atrevido a observar los tumultos desde su coche. Al día siguiente (11-04-1865), sostuvo una fuerte discusión con González Bravo en el Consejo de Ministros, pues éste le recriminó la innecesaria dureza de la represión, y en el transcurso de la polémica dimitió y sufrió una fuerte angina de pecho de la que falleció horas después. Quizás no pudo resistir que le echara en cara que la mayoría de los muertos fueron por la espalda, figurando entre ellos: un coronel graduado de Caballería, un teniente coronel retirado, un ex jefe de la Guardia Civil, un sobrino del ministro de Marina apellidado Nava, y un médico inglés recién llegado a Madrid.

Días después hubo un fuerte debate en el Senado sobre aquellos trágicos sucesos. Ante las acusaciones de Olózaga, González Bravo le acalló demostrando con pruebas fehacientes la intervención de los agitadores progresistas, y luego se enfrentó con Cánovas y Ríos Rosas, quienes criticaron con elocuencia dramática, aunque también con serios argumentos, los métodos represivos empleados. El enfrentamiento dialéctico entre González Bravo y Ríos Rosas fue tan encendido que por la noche, al término de la sesión, ambos se retaron a duelo de pistola en el restaurante *Lhardy*. Por fortuna, aquel duelo no tuvo consecuencias, pues el joven político, buen tirador, apuntó mal deliberadamente, y el ministro falló el disparo, que por suerte no hirió a ningún testigo.

Los concejales del Ayuntamiento madrileño quisieron protestar en actos públicos presididos por el gobernador civil y tomaron acuerdos en corpora-

ción, y los periódicos liberales crearon una comisión investigadora formada por nueve representantes⁸⁵.

La Noche del Matadero, como empezaron a llamarla algunos diarios, fue un golpe mortal para los moderados. Se desarrollaron manifestaciones públicas como la de Barcelona (más de seis mil personas), y se alzaron protestas desde los periódicos de provincias⁸⁶. El resultado de esta campaña fue la lucha contra el moderantismo expresada en un editorial de *La Iberia* (14-04-1865) y en un suplemento conjunto de los periódicos liberales madrileños. Este suplemento alertó a los liberales para que no cayeran en la trampa tendida por los moderados para romper el orden (*orden en todas partes, que la libertad no necesita para su triunfo de alardes inoportunos*) y les exhortó a controlarse porque el proceso prerrevolucionario estaba en marcha. *Las Novedades* así lo expresó (19-04-1865): *Dícese que la noche del 10 de abril, toda la Sociedad del Ángel Exterminador andaba por las calles tocando pitos; su objeto era hacer ver que la revolución llamaba a las puertas y que era necesaria la tiranía de los neos* (católicos).

Merece transcribirse un editorial de *La Iberia* (12-04-1865), por su significación política y reflejar la situación anterior a *La Gloriosa*:

Llegan tiempos calamitosos, tiempos de zozobra, de inquietud y de desconfianza en que gobiernos funestos cruzan por el horizonte político de los pueblos paseando tanto su poder cual fuera de hierro, cuya política no tiene otro recurso que el de la fuerza material, siempre antipático al país, que obedece porque teme, reinando en toda la nación el profundo silencio de las tumbas, pero jamás el de la calma resultando de la felicidad de un pueblo libre.

He aquí lo que sucede en nuestra noble cuando desgraciada España, con el moderantismo que parece mostrarse robusto y brillante, pero es el brillo de la luz próxima a extinguirse. Lucha con la agonía y en sus convulsiones hace violentos esfuerzos para volverse a levantar, mas todo en vano, llega su última hora; el moderantismo no tardará en desaparecer de la escena en medio de las maldiciones de un pueblo al que tanto ha oprimido, al que tantas lágrimas y tanta sangre ha hecho derramar.

⁸⁵ Estaban representados los periódicos siguientes: *Las Novedades*, *El Diario Español*, *La Iberia*, *El Reino*, *El Pueblo*, *La Verdad*, *El Contemporáneo*, *La Razón Española*, *La Democracia*, *El Progreso Constitucional*, *La Nación*, *La Patria*, *El Gil Blas*, *La Soberanía Nacional*, *La Bolsa*, *La América* y *La Europa*.

⁸⁶ ESPANTALEÓN, Antonio; y PORDOMINGO, Isabel: "De San Daniel a San Gil", *Revista Historia* 16, Año V, nº 53. Madrid, septiembre de 1980, p. 33.

Prim quiso aprovechar la indignación general por los sucesos de la *Noche de San Daniel* intentando sublevar la guarnición de Valencia, pero tuvo que huir por mar para no ser descubierto por las indagaciones que realizó el Gobierno. También, disfrazado de arriero y conduciendo un carro-mato de pescado en salazón, lo intentó con las guarniciones de Burgos y Pamplona. A pesar de la victoria del Gobierno, quedaba claro que había guarniciones dispuestas a romper el monolitismo militar, clave de la permanencia de los conservadores en el Gobierno.

El poder de Narváez era enorme, pero cuestionado en los cuarteles, donde la larga parálisis moderada había generado injusticias y descontento. El Ejército no habría intervenido en política por decisión propia, pero progresistas y moderados llamaban a la acción contra el Gobierno, y precisamente Prim y sus colaboradores tenían suficiente prestigio para arrastrar a muchos militares. Además, el Gobierno era incapaz de evitar que Prim y sus hombres entraran y salieran clandestinamente de España, y su debilidad lo desprestigiaba ante un Ejército acostumbrado a la dureza. Narváez superó la prueba de *San Daniel*, pero tenía los días contados en el poder porque además sus promesas liberales quedaron ensangrentadas y en pleno centro de Madrid. En cuanto a la proyectada revolución progresista, había logrado el apoyo universitario, y si en 1851 se había alzado contra el gobierno, ahora lo hizo contra el trono. La crisis económica y política se agudizó con los muertos de *La Noche de San Daniel* conmoviendo a la sociedad española. La mecha estaba ya encendida y hará estallar la Revolución de 1868.

EL CUARTEL DE SAN GIL Y LA REBELIÓN DE LOS REGIMIENTOS DE ARTILLERÍA

O'Donnell recupera el poder y el progresismo se lanza a la conspiración

Tras *La Noche de San Daniel*, Narváez tenía que enfrentarse al mayor problema político del año: el reconocimiento del reino de Italia. Pero no podía hacerlo. Primero, porque se lo impedían los neocatólicos amenazando con romper su alianza con el partido moderado; y segundo, porque los obispos habían cerrado filas en torno a monseñor Puente, arzobispo de Burgos, y el arzobispo Claret. Ante el desconcierto que reinaba en el gobierno, O'Donnell envió un mensaje a la Reina (21-06-1865) dándole a entender que si había derribado tres gobiernos, estaba preparado para hacer lo mismo con el cuarto. Esta carta produjo la caída inmediata del duque de Valencia.

Isabel II cesó a Narváez para jugar de nuevo la carta de O'Donnell y neutralizar los pronunciamientos progresistas con una apertura a la izquierda. Con la segunda llegada del unionismo al poder, O'Donnell pondrá en marcha medidas liberalizadoras, reingresará a los catedráticos, publicará una ley de prensa liberal, ampliará el sufragio y reconocerá el reino de Italia, enemigo declarado del Vaticano. Sin embargo, los progresistas no aceptarán el juego y el incansable Prim organizará en enero de 1866 la *insurrección de Villarejo* como se verá a continuación.

O'Donnell formó su último gobierno con figuras señeras del centrismo político: Zabala en Marina; Posada Herrera en Gobernación; y el respetado Antonio Cánovas, que había reingresado en la rehecha Unión Liberal, en Ultramar y luego en Hacienda. Además, dio la cartera de Fomento a su sobrino el marqués de la Vega de Armijo. Dispuesto a cerrar el paso a los jefes progresistas, intentó captar a sus portavoces, los directores de sus tres principales diarios: Sagasta (*Iberia*), Corradi (*Constitucional*) y Ángel Fernández de los Ríos (*La Soberanía Nacional*); mas al no lograrlo, se propuso el reconocimiento del reino de Italia como objetivo principal de su programa de gobierno.

Asistió Prim como senador al debate sobre el reconocimiento de Italia celebrado en el Parlamento (04-07-1865). O'Donnell aprovechó para decirle que olvidaría sus intentos conspiradores (Valencia, Burgos y Pamplona), pero a cambio de reintegrar a los progresistas en el seno del régimen. Prim aceptó su propuesta en espera de la próxima asamblea de los notables del progresismo, pero ésta ratificará el *retraimiento* (29-10-1865). Sin esperar a la asamblea, Prim decidió reanudar sus contactos para la conspiración hasta 1868, y mintió a cuantos oficiales pudo comprometer asegurándoles que sólo se trataba de una repetición de 1854, esto es, sin poner en peligro el trono de Isabel II.

Reconocido el reino de Italia en las Cortes, el Gobierno se desplazó al palacio de la Granja (14-07-1865) para someter la ley a la sanción regia⁸⁷. Al negarse la Reina a firmar, O'Donnell se encerró con ella de nueve a once de la noche y la convenció de que no tenía otra alternativa: la firma o la revolución. Además, le dijo que el pronunciamiento del Ejército estaba pre-

⁸⁷ Como el arzobispo de Burgos, monseñor Puente, se opuso a la resolución del Congreso, el Gobierno impuso su cese como confesor del Príncipe de Asturias para alejarle de palacio.

parado y que sobrepasaría los excesos de 1854, pues acabaría con el trono y, quizás, con la vida de toda la Familia Real. Al día siguiente, Isabel II, hundida y sin decir palabra, firmó ante el Consejo de Ministros⁸⁸.

O'Donnell disolvió las Cortes (10-10-1865) y convocó elecciones para el 1 de diciembre. El ministro de la Gobernación las preparó para que hubiera mayoría gubernamental en el Congreso y en el Senado. Los grupos moderados transigieron al ofrecérseles cuotas más amplias; pero los neocatólicos, progresistas y demócratas, a quienes se trató de barrer de las Cortes, desplegaron una descomunal ofensiva política. Los progresistas, lanzados a la conspiración, celebraron su asamblea (29-10-1865) en el circo Price de la Plaza del Rey: Olózaga fue ovacionado al proclamar la incompatibilidad entre el progresismo y el trono; Castelar y Pi pidieron entre aclamaciones la reafirmación del *retramiento*; y Madoz fue abucheado al proponer la participación electoral. En cuanto a Prim, pese a sus promesas a O'Donnell, se sumó al *retramiento* y refiriéndose a los "obstáculos tradicionales" (el trono) declaró: *Si hay obstáculos, los arrollaré*. Se creó un nuevo organismo supremo en el partido, el *comité central*, integrado por Espartero (que no se movió de Logroño), Olózaga, Prim y Madoz; y quedaron divididos los progresistas en dos bandos: los revolucionarios y los contrarios al *retramiento*.

Al celebrarse en el Senado la apertura de las nuevas Cortes (27-10-1865), Serrano, nombrado presidente de la Alta Cámara por designación real, recibió a Isabel II y la condujo hasta el trono. Allí la Reina leyó el Mensaje de la Corona, en el que (pese a las objeciones que puso el duque de Tetuán) declaró: *Motivos de diversa índole, fundados en los intereses y sentimientos permanentes de la nación, me han impulsado a reconocer el reino de Italia. Este reconocimiento no ha podido enturbiar mis sentimientos de*

⁸⁸ Poco antes de reunirse el Consejo, la Reina recibió a su confesor, el arzobispo Claret, quien al saber su intención de firmar, decidió abandonar la Corte y marchar a Cataluña. La prensa progresista interpretó la marcha como una conformidad con el Gobierno y una desaprobación a los obispos que condenaban el reconocimiento de Italia, a lo que el Arzobispo respondió con un duro desmentido en solidaridad con sus hermanos en el episcopado. Poco después, el nuncio, monseñor Barili, escribió a Claret rogándole que regresara a la Corte para amparar a la Reina y evitar males mayores para la Iglesia. La Reina recibió en Zarauz (07-09-1865) las credenciales del nuevo embajador de Italia, marqués de Tagliarcarne, que acudió acompañado por Amadeo de Saboya, duque de Aosta, que era hijo de los reyes de Italia y futuro rey de España.

*profunda y filial adhesión al padre de todos los fieles, ni menoscabar mi firme propósito de mirar por los derechos que asisten a la Santa Sede*⁸⁹.

Pronunciamiento de Prim en Villarejo de Salvanés

Los demócratas procuraban agitar a los militares jóvenes y a los sargentos, inquietos por las malas pagas y la congelación de los ascensos, y también a los soldados forzosos, prisioneros del sistema de quintas. Pero la actitud más peligrosa era la del general Prim, dispuesto a aprovechar el malestar militar por las pagas atrasadas, los ascensos detenidos y los desiguales privilegios corporativos anteriormente reseñados, y a ocupar el lugar del general Espartero como cabeza del militarismo progresista.

La Gloriosa no se producirá en 1868 de forma espontánea, sino que será el resultado de largos preparativos concebidos por los progresistas desde 1863, al comprobar que no podían acceder al poder. En 1864 se sublevó el Regimiento Saboya, pero su intentona terminó en un rotundo fracaso. Prim, partidario de un movimiento incapaz de vencer en las urnas, escribía (14-07-1865) desde Vichy: *Ya conoce usted mi lema: hacemos política fina. ¡Ah, si fuera posible que yo mandara los movimientos del partido como pudiera ordenar los de un ejército!*⁹⁰

Cuando se celebró la asamblea progresista (29-10-1865), el marqués de los Castillejos contaba ya con un estado mayor para el pronunciamiento, que estaba formado por los generales Contreras y Pierrad; dos enlaces militares para los regimientos de Madrid: el coronel Romualdo Palacios y el capitán artillero Baltasar Hidalgo de la Quintana, líder de los regimientos del cuartel de San Gil, situado en el Prado de Leganitos y próximo al Palacio Real; y también con un enlace civil muy eficaz, Ricardo Muñiz, brazo derecho del jefe supremo de la masonería, Calatrava, que era el máximo animador de las juntas progresistas de provincias y de la alianza con los

⁸⁹ Claret marchó a Roma (25-10-1865) y fue recibido por Pío IX (06-11-1865). El Papa, que había recibido una carta desgarradora de la Reina rogando la vuelta de su confesor, le pidió que lo hiciera y le dio una carta para Isabel II con su perdón, por tanto dejaba de estar excomulgada. No obstante, pidió que en el Mensaje de la Corona se mencionara que el reconocimiento político del reino de Italia, no implicaba la negación de los derechos ni del primado del Papa. O'Donnell manifestó a Isabel II que tal declaración acarrearía la revolución, pero ella no cedió: *Si por decir esto ante las Cortes viene la revolución, tu deber será defenderme de ella, y si no lo haces, yo misma me pondré al frente de mis soldados.*

⁹⁰ ESPANTALEÓN y PORDOMINGO, *Art. cit.*, p. 34.

demócratas. La clave del triunfo del pronunciamiento estaba en los regimientos de la guarnición de Madrid, por lo que Prim y sus representantes concentraron en ellos toda su actividad conspiradora: dos regimientos de Ingenieros; los tres regimientos del cuartel de San Gil (2º y 5º de Artillería de a pie, y 4º de Artillería montado); los de Caballería de Isabel II, Constitución, Asturias, El Príncipe y Borbón; los batallones de cazadores de Arapiles, Figueras y Ciudad Real; y los regimientos que guarnecían las inmediaciones, como el de Infantería de Burgos en Leganés, los Húsares de Calatrava en Aranjuez, el regimiento de Bailén en Ocaña y los de Alcalá de Henares (Coraceros del Rey y de la Reina, el de Albuera y el 1º montado de Artillería)⁹¹.

Tras las convulsiones de San Daniel, liberales y demócratas lanzaron por fin su ataque en Villarejo de Salvanés en un segundo intento para destronar a Isabel II, al resultar imposible la reforma de la ley electoral y la negativa de la Reina a llamar al poder a los liberales. Al igual que en *La Vicalvarada*, Prim pretendió un pronunciamiento de las guarniciones próximas que prendiese luego en los cuarteles y calles de la capital.

Por la madrugada (02-01-1866), con el pretexto de que iba de caza, salió el marqués de los Castillejos de su palacio en la calle de Alcalá para acudir a la cita que había concertado para el día siguiente con algunos regimientos de Leganés, Aranjuez y Alcalá de Henares en el pueblo madrileño de Villarejo de Salvanés, más o menos equidistante de las tres guarniciones. Acompañaron a Prim durante el viaje sus dos compañeros de rebelión: el joven brigadier Milans del Bosch y el comandante Manuel Pavía y Rodríguez de Albuquerque. Dos enlaces partieron a la vez para llevar las órdenes de sublevación a los regimientos comprometidos de Leganés, Aranjuez y Alcalá; y otros dos más marcharon con el mismo fin hacia Ávila y Valladolid, pero éstos fueron interceptados por destacamentos gubernamentales situados en la sierra de Guadarrama y El Escorial, por lo que ambas guarniciones no se movieron.

Sin embargo, resulta muy curioso que aquel mismo día *La Iberia* publicara lo siguiente: *Ayer han estado ocupados los escribientes del Ministerio de la Guerra atendiendo reales órdenes desterrando de Madrid y de otros puntos a muchos jefes y oficiales del ejército*. Esta noticia induce a creer que el Gobierno ya poseía datos suficientes de cuanto iba a ocurrir el día 3, por lo que pudo haber controlado y evitado el pronunciamiento. Dos días

⁹¹ Los regimientos de Alcalá de Henares fueron los que dieron la victoria al pronunciamiento de 1854.

después, *La Iberia* permite corroborarlo al afirmar: *Cuando el día 3 por la mañana, un ayudante del Ministerio de la Guerra pasó a casa del general Prim para dictarle órdenes del Gobierno, no lo encontró en su domicilio, habiendo respondido los criados que estaba de caza con algunos amigos. Efectivamente, ayer se le vio marchar de Madrid con el brigadier Milans del Bosch. Salió en una pequeña góndola o carruaje de caza.*

Conforme al plan, el regimiento de Calatrava, procedente de Ocaña, se unió por la tarde (02-01-1866) al de Húsares de Bailén, ambos montados, en el cuartel del segundo en Aranjuez. En Leganés, el jefe del regimiento de Infantería de Burgos, brigadier duque de Gor, también recibió órdenes de Prim y condujo de noche su regimiento en silencio, sin gritos ni proclamas, hasta los mismos aledaños de la Puerta de Toledo, donde tomó posiciones para la prevista acción del día siguiente.

A primera hora de la mañana (03-01-1866), hicieron su llegada los dos regimientos pronunciados en Aranjuez, pero pasaron las horas y no llegaba ningún otro regimiento. El marqués de los Castillejos comprobó contrariado que allí sólo podía contar para derribar al Gobierno con dos generales, seiscientos ochenta y cuatro soldados de Caballería, un número indeterminado de Infantería y periodistas dirigidos por Ruiz Zorrilla, Carlos Rubio y otros radicales. Pese a tal contratiempo, leyó su solemne proclama ante sus escasas tropas y un grupo de asombrados campesinos de Villarejo y ordenó la marcha sobre Madrid con la certeza de que al menos media guarnición se alzaría para esperarle. Se equivocó, pues por errores y delaciones en los preparativos, las guarniciones de Madrid y Alcalá de Henares⁹² no le siguieron en el pronunciamiento⁹³.

Como primera medida, O'Donnell formó dos columnas y las puso al mando de dos generales también héroes de África (el general Zabala al frente de una y al día siguiente, el general Echagüe tomó el mando de la otra)⁹⁴. Luego, estuvo presente en el fusilamiento del capitán Espinosa, enlace militar de la conjura en la capital, y que tuvo lugar junto a la Fuente Castellana. Mientras tanto, el general rebelde Contreras permaneció en un escondite de la plazuela de los Afligidos esperando en vano la salida de los regimientos artilleros del cuartel de San Gil.

⁹² En Alcalá de Henares, un capitán leal a Prim recibió sus órdenes por la tarde, pero creó tal estado de confusión que los regimientos no llegaron a sublevarse.

⁹³ Hubo también un regimiento que se levantó en Zamora, pero no llegó a salir de la ciudad.

⁹⁴ Una tercera columna al mando del general Concha se incorporó también a su persecución.

Zabala llegó con su columna a Villarejo, pero Prim, con sus dos regimientos deshechos por numerosas deserciones, ya había escapado camino de La Mancha por Aranjuez. En cuanto al regimiento de Infantería de Burgos que había tomado posiciones en las proximidades de la Puerta de Toledo, el duque de Gor ordenó retirada y regresó a Leganés tan silenciosamente como había llegado, pretextando que tan sólo se había tratado de unas maniobras rutinarias.

Reunido el Congreso para debatir el Mensaje de la Corona (04-01-1866), O'Donnell condenó a Prim declarando: *El pronunciamiento ha manchado el honor del uniforme y hay que lavar con sangre la mancha* (quizás no advirtió que lo mismo pudo haberse dicho de él durante la sangrienta Vicalvarada del 54), y solicitó poderes extraordinarios para reprimir la intentona, que le concedieron. Así pues, se decretó el estado de sitio en todo el territorio de Castilla la Nueva, al mando del capitán general Isidoro de Hoyos, siendo detenidos en Valladolid el general Pierrad y el coronel Gramindes, ayudante de Prim, aunque éste después lograría fugarse. Las medidas adoptadas fueron estrictas y la censura muy severa, por lo que los periódicos anunciaron una serie de acciones desde sus páginas (dejar en blanco páginas enteras e introducir comentarios sarcásticos) hasta que se levantara el régimen de excepción⁹⁵. La censura alcanzó hasta la propia prensa ministerial, y varios periódicos fueron suspendidos (10-01/02-02-1866), entre ellos, La Iberia. Además, se ordenó el cierre de los cafés a las doce de la noche y efectivos militares disolvieron las tertulias del Ateneo y del Casino de San Jerónimo. Cabe añadir que en Aragón también se declaró el estado de sitio.

Las tres columnas del Gobierno persiguieron a Prim (04/08-01-1866), pero éste huyó por Madrilejos, Villarta y Urda, alojando a sus escasos soldados en su castillo de los Montes de Toledo. A partir de entonces, la persecución continuó pero sin muchas ganar de apresarle, ya que Prim pretendía huir a Portugal y el pronunciamiento había fracasado por completo. El general rebelde hizo un breve descanso en el pueblo Frenegal de la Sierra y consiguió acercarse sin ningún impedimento a la frontera. Finalmente, tras otra solemne proclama (20-01-1866), entró en Portugal con los pocos que quisieron seguirle.

⁹⁵ Durante el estado de sitio, las denuncias de la prensa solían pasar a la jurisdicción militar.

Al día siguiente (21-01-1866), *La Correspondencia* incluyó el telegrama enviado por el gobernador de Badajoz a Madrid: *A las dos de la tarde de ayer ganaron la frontera los sublevados, entregando algunos caballos, el armamento y el equipo al alcalde de Encinasola. No ha habido choques con las fuerzas que les perseguían.*

Así pues, Prim logró huir con el beneplácito del Gobierno, que no pretendió capturarlo en su huida al extranjero. Sin embargo, el Consejo Militar instruyó causas contra el brigadier Milans del Bosch, el comandante Bastos y los sargentos que le siguieron, los comandantes González y Campos, y el capitán Espinosa. Días después del mencionado fusilamiento de Espinosa, varios sargentos fueron también pasados por las armas. El Gobierno quería castigos ejemplares y de nada valieron las mediaciones realizadas por Muñoz y otros progresistas.

Refugiado en Portugal, Prim comprendió que no bastaba con lograr la obediencia de algunos batallones para desencadenar la revolución, sino que era preciso que el movimiento militar contara con apoyo de una gran conspiración basada en un pacto antidinástico entre los progresistas y los demócratas. Sin embargo, esto suponía pactar con los republicanos y para Prim la república era símbolo de indisciplina, algo que odiaba en lo más profundo; y por otra parte, estaba Olózaga, partidario de una *alianza ibérica* dando el trono a un portugués. Pese a todo, decidió que su partido pactara con los demócratas a falta de mejores aliados.

Desde Portugal el marqués de los Castillejos pasó a Londres, donde siempre contó con excelentes contactos no ajenos a la Gran Logia de Inglaterra, quienes le animaron a reorganizar su conspiración en París. Una vez en la capital del Sena, se reunió con su esposa, que le informó sobre la posibilidad de aprovechar el profundo resentimiento de los sargentos de Artillería por negarles el Gobierno (como represalia por sus simpatías progresistas) la posibilidad de poder ascender como antaño hasta comandante. Luego, contactó con sus colaboradores encargando la preparación de un nuevo pronunciamiento al coronel Moriones (alzado en Sevilla durante las revueltas del 48) y a Ricardo Muñiz, que instaló el centro de conspiración en su nueva casa de la Puerta del Sol esquina a la calle del Carmen. Poco después, Muñiz envió a Prim un informe con un análisis sobre las causas del fracaso sufrido, y en poco tiempo la conjura volvió a extenderse en las guarniciones de la capital y en las de sus inmediaciones⁹⁶.

⁹⁶ A finales de febrero, Narváez pretendió formar un gobierno moderado con personas de prestigio y dialogantes, como el general Lersundi. Durante seis meses, dicho gobierno debería preparar una transición que permitiera la formación de un gobierno

EL CUARTEL DE SAN GIL Y EL ALZAMIENTO DE LOS ARTILLEROS

La crisis económica de 1866

En la etapa de crecimiento económico que vivió España desde 1856, se había tratado de sentar las bases para dar un giro decisivo, aunque fuera con la ayuda de capital extranjero. *El Gobierno Largo* de O'Donnell (1858-63) coincidió con este período de prosperidad económica. Como señala José Luis Comellas, los políticos no fueron los autores de la buena coyuntura, porque la planificación o técnica de desarrollo era una actividad ajena casi por completo a la dirección del Estado⁹⁷. Pero la paz y la tranquilidad, con la consiguiente dosis de confianza, un cierto sentido común en el Gobierno y una cierta euforia en el ambiente, animaron a la inversión y crearon el clima propicio al auge económico. Se tendieron líneas ferroviarias (con predominio de capital extranjero) que, tras varias décadas, configurarán la malla definitiva de los ferrocarriles españoles, y se iniciaron obras públicas que, en cierta manera, han hecho considerar a O'Donnell como antecedente del general Primo de Rivera. La industria metalúrgica se desarrollaba sobre todo en el norte, compitiendo con ventaja frente a la andaluza gracias al carbón mineral, abundante en la zona cantábrica y escaso en el sur. La Bolsa conoció también una época de gran esplendor⁹⁸.

Sin embargo, este período de crecimiento económico se vio truncado por completo en 1866 debido a la crisis económica mundial, de fuerte repercusión en nuestra economía. La quiebra de instituciones de crédito y su incidencia en el incipiente ferrocarril, como también el bloqueo de la industria textil por la paralización de las importaciones de algodón de EE.UU. como

de concentración con mayoría progresista y presidido por Prim. Dos consejeros de la Reina, Miraflores y Bertrán de Lis, aprobaron la idea. Se sondeó a Prim y éste dijo que sí desde París. Sin embargo, al enterarse O'Donnell, ordenó a Lersundi que en breves días marchara a Cuba para asumir el mando de la Capitanía General, que había quedado vacante con el regreso de Serrano. De este modo, fracasó el proyecto de Narváez.

⁹⁷ COMELLAS, José Luis: *Historia de España Moderna y Contemporánea*. Madrid, 1975, p. 311.

⁹⁸ La prosperidad se hizo patente en el tono social de la época. Los años de la Unión Liberal fueron alegres. Resurgió el género lírico como la zarzuela, la burguesía charló y discutió en los cafés que adoptaron entonces la forma de terrazas al aire libre, la fiesta nacional alcanzó su máxima popularidad con las faenas de Cúchares y toda España bailó al son de un ritmo de moda madrileño llamado *chotis*.

consecuencia de la guerra de Secesión (1861-1865), fueron factores que provocaron un desconcierto progresivo entre las clases; y la onda depresiva de los años 1864-1868, junto con las fuertes subidas de precios, permitirá la imbricación de factores políticos y económicos. Dicha crisis económica afectó a los sectores urbanos populares e incluso a las clases acomodadas, lo que ensombreció aún más el país.

La quiebra de la casa Overed-Gurney en 1866 sacudió toda Europa y repercutió de lleno en España, donde dejaron de afluir los capitales extranjeros que luego se retiraron en parte. Escaseó la moneda de metal precioso y la Audiencia de Madrid tuvo que ejecutar nada menos que al Banco de España cuando se declaró incapaz de pagar en metálico los billetes al portador que circulaban. La Bolsa se vino abajo, pero la crisis no sólo afectó a las grandes fortunas⁹⁹ sino también a las modestas compañías de seguros populares para la redención a metálico del servicio militar, los enterramientos y sepulturas, lo que provocó la desolación en miles de familias modestas que habían estado ahorrando toda la vida para cubrir esos riesgos. Pero además, dichas familias tenían que afrontar el aumento de los impuestos del consumo, que ya provocaba por entonces los primeros motines y propiciaría a los inminentes pronunciamientos la protesta más popular: *contra las quintas y los consumos*¹⁰⁰.

En 1866, el continuo incremento de la crisis de subsistencias llegó a dificultar el abastecimiento de pan en Madrid y otras ciudades, sembrando el desconcierto por el alza de los precios de éste y otros productos de primera necesidad, sobre todo por las malas cosechas. El problema social era grave en 1866, aunque se complicará más con la crisis que se registrará en Europa en 1867-68, que repercutirá con mayor gravedad en España al continuar las malas cosechas. Quebrarán las compañías de ferrocarriles, cerrarán numerosas fábricas y miles de obreros quedarán en paro, precisamente cuando la escasez hará subir los precios más que nunca.

⁹⁹ Por ejemplo, el marqués de Salamanca, cuya inmensa fortuna consistía principalmente en acciones y obligaciones ferroviarias en España y en el extranjero, ante las bajas de tales valores en las bolsas (los rendimientos de las compañías no cumplían con las obligaciones previstas), perdió ciento cincuenta millones de pesetas de entonces (la peseta, nueva unidad de cuenta, equivalía a cuatro reales).

¹⁰⁰ No se conoce con precisión la situación real del obrero, sólo las condiciones precarias y hasta inhumanas en que vivía. El sueldo de un obrero de Barcelona en 1867 apenas sostenía a dos personas (al propio obrero y a su esposa), por lo que ambos tenían que trabajar si tenían un hijo menor de edad.

La situación de las clases desheredadas en 1866 se vio agitada por la propaganda de los progresistas y los demócratas y por la propia crisis económica. En consecuencia, el próximo alzamiento organizado en Madrid por la Junta Revolucionaria será cívico, con lucha de barricadas y participación de la extinguida Milicia Nacional, y también militar.

Los preparativos del alzamiento militar y cívico del 22 de junio

Los conspiradores progresistas y demócratas bajo el lema *Libertad para España o muerte*, pretendían que la sublevación fuera un golpe definitivo y eligieron el cuartel de Artillería de San Gil como próximo objetivo. Aprovechando el intento fallido de los ascensos y ante el descontento de los militares de baja graduación, los miembros de la Junta Revolucionaria con Ricardo Muñiz como coordinador general, conectaron entre abril y mayo con numerosos sargentos de Artillería de Madrid y las guarniciones de San Sebastián, Vitoria, Gerona, Zamora, Valladolid y otras localidades (nueve guarniciones en total)¹⁰¹. En cuanto a Prim, condenado a muerte por los sucesos de Villarejo, seguía personificando los ideales liberales.

A primeros de junio, ante las presiones de Pedro Muñiz, el general Prim cometió el error enorme de destituir al eficaz coronel Moriones, por quien pasaban todos los hilos de la conjura militar, poniendo al frente del alzamiento militar a los ancianos generales republicanos Blas Pierrard¹⁰² y Juan Contreras¹⁰³, a quienes seguían Escalante, Larguero, Pasarón y otros. Para la dirección del alzamiento civil, Muñiz nombró al cura Luis Alcalá Zamora, retórico impenitente, al ardoroso Sagasta y al demócrata Manuel Becerra, con la esperanza de que incorporasen a la suprimida Milicia Nacional y levantasen a los barrios bajos y chisperos de Madrid.

¹⁰¹ Aunque liberales, los aristocráticos oficiales de Artillería se oponían al ascenso de sus sargentos, práctica aceptada en Caballería e Infantería, y algunas disposiciones recientes contribuían a enredar las relaciones.

¹⁰² El general Blas Pierrard había huido de su destierro en Soria y carecía de contactos en los cuarteles de la guarnición de Madrid. Militar muy veterano, había luchado en Talavera contra el primer grito carlista en 1833, participando en aquella primera guerra, y luego en la Vicalvarada de 1854.

¹⁰³ El general Juan Contreras era aún más anciano que Pierrard. Sirvió en la tropa de Riego, luego luchó contra Espartero y seguía a Prim con idolatría, considerándole como el único salvador de la Patria.

El plan previsto consistía en que la guarnición de Madrid se sublevaría por la madrugada (26-VI-1866) con el general Blas Pierrard y el capitán artillero Baltasar Hidalgo de Quintana, produciéndose además la participación conjunta del sector popular del Ejército y grupos del pueblo para derrocar a la dinastía; y al día siguiente, Prim lanzaría el grito esperado de rebelión general en un pueblo de Guipúzcoa. Sin embargo, no ocurrió así, ya que el marqués de los Castillejos consideró que lo más prudente sería permanecer en la frontera en espera de recibir noticias de la Junta Revolucionaria y dar órdenes desde allí, por lo que marchó a Hendaya. En vano intentó Muñiz que el general rebelde entrara en territorio español y se pusiera desde un principio al frente del pronunciamiento de Madrid. Al final, este alejamiento de Prim resultará un craso error político y militar, pues los conspiradores habían prometido su participación a todos los oficiales y sargentos comprometidos, asegurando estos últimos que con ello podrían lograr la participación de casi toda la guarnición de Madrid¹⁰⁴.

O'Donnell, a través de su excelente red de informadores, tenía conocimiento de que se estaba preparando una sublevación y así lo hizo saber a los generales presentes en Madrid (Concha, Narváez, Serrano, Fernández de Córdoba y otros), como también a sus enlaces, asegurándoles que el centro de la revuelta sería el cuartel de Artillería de San Gil, próximo al Palacio Real, o bien el cuartel de Infantería, situado en la Montaña del Príncipe Pío¹⁰⁵. También les explicó que, una vez que estallara la revuelta y se supiera cuál era el foco del pronunciamiento, la táctica a seguir sería muy elemental: proteger a la Reina en palacio y luego impedir la conjunción de los militares sublevados con las turbas milicianas que confluirían desde los barrios del norte y sur. Además, les aseguró que podría contarse con la Caballería y, por supuesto, con la Guardia Civil.

¹⁰⁴ Es más que posible que la sublevación hubiera vencido si Prim se hubiera puesto al frente del pronunciamiento. Demostró con ello ser mejor conspirador que ejecutor. Su alejamiento de los sucesos fue juzgado después por sus seguidores como un acto injustificable de cobardía.

¹⁰⁵ El cuartel de Artillería de San Gil, ubicado en la actual Plaza de España, tenía tres regimientos con más de dos mil soldados y treinta piezas de artillería. En cuanto al cuartel de Infantería, estaba en la Montaña del Príncipe Pío (de ahí que se llamara *Cuartel de la Montaña*), donde hoy está el Parque de la Montaña.

La rebelión del cuartel de Artillería de San Gil

Cuatro días antes de la fecha inicialmente prevista, los sargentos del cuartel de San Gil, excitados por la propaganda republicana y temerosos de ser descubiertos, decidieron amotinarse siguiendo órdenes del ausente capitán Hidalgo. A las dos de la madrugada (22-VI-1866) los civiles y los militares, que estaban ya preparados, recibieron la señal convenida para entrar en acción¹⁰⁶.

En el cuartel de San Gil, el capitán Hidalgo, líder de los sargentos de los tres regimientos de Artillería que albergaban este inmenso caserón¹⁰⁷, ordenó irrumpir en el Cuarto de Banderas, donde por fortuna se hallaban los jefes y oficiales de dichos regimientos bebiendo y jugando a las cartas, haciendo por tanto caso omiso a las continuas advertencias del Ministerio de la Guerra. Tras producirse una lucha, con varios muertos en ambos bandos¹⁰⁸, los sargentos lograron imponerse; no obstante, dos oficiales lograron escapar y se dirigieron al palacio de Buenavista para informar del motín al general O'Donnell.

Luego, tropas de los tres regimientos salieron con gran desorden y confusión hacia la plaza de San Marcial. Allí se presentó el general Pierrard solicitando un caballo para ponerse al frente, y como nadie conocía a aquel anciano general vestido con uniforme de gala, banda y numerosas condecoraciones, poco faltó para que le recibieran a tiros. Los sargentos más decididos, sin tomarle en serio, formaron las tropas en columna y ordenaron la marcha hacia la plaza de Santo Domingo, para enlazar luego con las masas milicianas de los barrios bajos en la Puerta del Sol. Mientras, la infantería del cuartel de la Montaña recibió avisos urgentes de los sargentos de San Gil para que se sublevara, conquistara el Palacio Real y apresara a la Reina, según el sencillo y acertado plan del coronel Moriones que los sublevados habían decidido mantener, ignorando por completo a los generales republicanos Pierrard y Contreras.

Cuando los dos mencionados oficiales huidos llegaron al palacio de Buenavista para informar a O'Donnell, éste partió de inmediato al cuartel de

¹⁰⁶ El capitán Hidalgo, del cuartel de San Gil, había abandonado el servicio activo para dedicarse a la política con el partido progresista y fue comisionado para dirigir el pronunciamiento de los sargentos.

¹⁰⁷ Hidalgo fundó la logia masónica Robespierre con los sargentos del cuartel de San Gil.

¹⁰⁸ En el motín del cuartel de San Gil, los sargentos mataron a doce jefes y oficiales.

Artillería del Retiro antes de que los sargentos de este cuartel pudieran sublevarse, pudiendo así controlar la situación. Así pues, el plan de la sublevación falló desde el principio, precisamente por estar basado en el factor sorpresa.

En el mismo momento en que el duque de Tetuán recibía a los dos oficiales, los sargentos del cuartel de San Gil divisaron una patrulla de la Guardia Civil que les cerraba el paso junto a la calle Ancha de San Bernardo, y para quitársela de en medio, los rebeldes dispararon varias granadas que resonaron en todo Madrid alarmando a la población. Aquellas granadas estallaron muy cerca del palacio de Montemar y su estruendo despertó a Narváez, que al imaginar lo que sucedía, se puso el uniforme y, embozado en amplia capa, marchó hacia el Palacio Real con su ayudante para defender a la Reina a través del laberinto de callejas que rodean la plaza de los Mostenses, dando así un gran rodeo para no acercarse demasiado al San Gil, y en el cruce de San Bernardo con la calle del Rey, les recogió una patrulla de la Guardia Civil que les dio escolta. Zabala también se despertó sobresaltado, salió de su palacio de Oñate, en la plaza de la Villa, se reunió con su ayudante y los guardias que custodiaban el Ayuntamiento, y todos juntos marcharon en dos coches calle Mayor abajo hacia el Palacio Real, donde el general ministro organizó la defensa con los alabarderos y la compañía de Infantería allí destacada por previsión de O'Donnell.

El general Prim sólo logró sublevar a los regimientos de San Gil y no al resto de los regimientos comprometidos, y además, el movimiento estuvo muy mal apoyado por las barricadas civiles; por tales motivos, fue un alzamiento condenado a estancarse. Una hora después del motín en San Gil, los generales O'Donnell, Narváez y Zabala estaban tomando las medidas oportunas para hacer frente a la revuelta. Además, el duque de Tetuán envió sus enlaces a éstos y al resto de los generales que se habían ofrecido a combatir como capitanes de producirse el levantamiento: los citados Narváez y Zabala, Serrano, Concha, Pavía y Lacy, Ros de Olano y Echagüe. Todos ellos salieron de inmediato hacia los destinos que O'Donnell ya les había asignado.

Las tropas sublevadas ametrallaron la Puerta del Sol, defendida por la Guardia Civil desde las ventanas de Gobernación, y avanzaron hasta la plaza de Bilbao para rodear el Ministerio de la Guerra¹⁰⁹; y algunos destacamentos fueron a la Puerta de Bilbao para armar y encuadrar a los milicianos de los barrios de la zona norte de Madrid.

¹⁰⁹ El palacio de Buenavista era la residencia del Presidente de Gobierno y también en él se hallaba el Ministerio de la Guerra.

El general Serrano marchó a galope al palacio de Buenavista para ponerse a disposición del jefe del Gobierno, quien le recibió con esta frase: *Hoy es un buen día para morir por la reina*, a lo que el duque de la Torre respondió: *No, lo es de triunfar por la patria*. Serrano se citó con O'Donnell una hora después en la Puerta del Sol y galopó con su ayudante al cuartel de Artillería del Retiro, donde ordenó atalajar las caballerías para piezas ligeras y se dirigió con ellas al lugar convenido. Al llegar a la Puerta del Sol, le estaba esperando el duque de Tetuán, quien acababa de organizar la defensa del Ministerio de la Guerra con la caballería del Principal. Poco después acudió el Capitán General de Madrid, Isidoro Hoyos, con varios destacamentos improvisados, con los dos duques y se encargó de mantener a toda costa el dominio de la Puerta del Sol para evitar que se concentraran allí las fuerzas artilleras rebeldes con los milicianos de Sagasta, que habían detenido su marcha en la plaza de Antón Martín y el primer tramo de la calle de Atocha. No resultaría difícil al capitán general cumplir su misión con el apoyo de la pequeña columna artillera aportada por Serrano¹¹⁰.

Al romper el alba en aquel histórico día, O'Donnell y Serrano dejaron a Hoyos en la Puerta del Sol, y lanzándose al galope por la calle del Arenal abajo (embozados y sin escolta para aparentar que eran simples correos) se dirigieron al Palacio Real para comprobar la seguridad de la Reina. Allí observaron el suelo de la explanada de la entrada principal sembrado de cadáveres, comprobando satisfechos que la infantería del cuartel de la Montaña no había intervenido en la sublevación.

Ocurrió que dos sargentos rebeldes y varios de San Gil, al no llegar la prometida columna del cuartel de la Montaña, se reunieron en la plaza de Oriente con fuertes destacamentos milicianos de las Peñuelas (mil quinientos hombres) que habían descendido por el barranco de Segovia; y luego, atacaron la entrada principal del Palacio Real, media hora después de la muy oportuna llegada del marqués de Sierra Bullones. Cuando los milicianos estaban avanzando, la puerta principal permanecía abierta y resultó una trampa mortal. Allí fueron recibidos por un doble fuego cruzado desde los aposentos de la reina María Cristina, los bajos del Ministerio de Ultramar y las aspilleras instaladas en los apartamentos privados. Numerosos milicianos

¹¹⁰ Al ser informada Isabel II sobre los acontecimientos, rompió a llorar emocionada porque, excepto Prim, todos sus generales (algunos de ellos ancianos) estaban arriesgando sus vidas por ella combatiendo con ardor en las ensangrentadas calles de Madrid.

cayeron ante una verdadera lluvia de plomo, y aquellos que intentaron escapar a la desbandada fueron tiroteados por la espalda, pues el duque de Valencia y su ayudante acababan de llegar con la patrulla de la Guardia Civil. El general Narváez, a sus sesenta y siete años, quiso entonces repetir su hazaña de Mendigorriá¹¹¹ y cayó herido envuelto en sangre; sin embargo, su acción hizo creer a la guardia de palacio que una fuerza mayor había acudido en su auxilio, realizando una salida arriesgada ante la que se rindieron casi un millar de milicianos.

Deshecho aquel ataque de las fuerzas milicianas, O'Donnell decidió permanecer en palacio por el momento; mientras tanto, militares y civiles rebeldes, ávidos de triunfo, aunque con fallos de organización, se habían hecho fuertes en la plaza de Santo Domingo, el paseo de Leganitos y la cuesta del Duque de Osuna. Sin embargo, Serrano decidió entrar en acción y tras solicitar el debido permiso a O'Donnell y cuadrarse ante Narváez, partió con varios soldados para inspeccionar las fuerzas enemigas de la plaza de Santo Domingo, que constituían la amenaza principal para el Palacio Real. Tras subir por la cuesta de Santo Domingo hasta la plaza, pudo escuchar tras un muro la conversación de unos sargentos muy inquietos porque los regimientos comprometidos del cuartel de la Montaña seguían indecisos en cuanto a tomar el Palacio Real y secuestrar a la Reina. A su regreso, informó a O'Donnell sobre tan importante noticia y le expuso un plan muy arriesgado que consideraba necesario, y que éste aceptó a duras penas.

El asedio al cuartel de San Gil y el fin de la sublevación militar

De acuerdo con el plan de Serrano, O'Donnell y Zabala, con una pequeña columna que Hoyos les envió desde la Puerta del Sol, se situaron entre los cuarteles de la Montaña y de San Gil con algunos cañones del cuartel del Retiro, para evitar cualquier posible salida de la infantería del primero,

¹¹¹ La batalla de Mendigorriá se decidió del lado isabelino cuando Narváez, completamente solo, se arrojó en medio de un regimiento carlista, cayendo gravemente herido al recibir varias heridas cerca del corazón. Terminado el combate, Narváez fue reconocido por los alabarderos, quienes le llevaron en volandas hasta la primera habitación de mayordomía, donde se le practicó una cura de urgencia. La Reina fue a verle para darle ánimos, pero le halló inconsciente debido a la hemorragia que había sufrido.

y luego marcharon por la cuesta de San Vicente arriba al encuentro del nuevo coronel del regimiento de Infantería de Burgos, que acababa de llegar procedente de su cuartel en Leganés para incorporarse con sus tropas. Así comenzó el asedio del cuartel de Artillería de San Gil.

Serrano, con su ayudante, bajó a galope la Cuesta de la Vega, cruzó a la otra orilla del Manzanares para evitar al destacamento miliciano del puente de Segovia, volvió a pasar el río junto al puente ferroviario de los Franceses, trepó por la escarpada montaña del Príncipe Pío e irrumpió con audacia en el cuartel de la Montaña, que todavía se debatía en la incertidumbre de sublevarse o no, aunque la oficialidad no estaba dispuesta a permitir salida alguna como reclamaban algunos sargentos. Serrano ordenó formar filas a los regimientos y envió a O'Donnell, atrincherado a doscientos metros, la señal de banderas convenida para comunicarle el éxito de su misión. Después ordenó la salida de aquellos regimientos incorporándolos a las fuerzas de O'Donnell, quien al recibir estos refuerzos inesperados, tomó posiciones frente al cuartel de San Gil y ordenó a sus hombres que guardaran silencio y dejaran libre la entrada al cuartel por el paseo de Leganitos para esperar el regreso de la columna rebelde que había salido a primera hora.

Cuando el duque de Tetuán puso cerco al cuartel, las tropas leales y la Guardia Civil de la Puerta del Sol, al mando de Hoyos, subieron por la calle de Preciados a la plaza de Santo Domingo y la ametrallaron con una batería ligera del Retiro; y mientras tanto, las fuerzas del palacio de Buenavista combinaron su acción con una columna dirigida por el marqués de Duero, dispersando a los chisperos rebeldes del barrio de Maravillas¹¹² y disponiéndose a envolver a los artilleros que habían avanzado hasta la plaza y la puerta de Bilbao. Ni las barricadas ni los ánimos exaltados bastaron para suplir los graves defectos de organización. La columna insurrecta, sin control ni municiones, tuvo que batirse en retirada hacia su cuartel ante los fulminantes ataques de los artilleros del Retiro que, según el plan del coronel Moriones, tendrían que haberse sumado a la rebelión y no lo hicieron.

La columna regresó al cuartel de San Gil bajando por Leganitos y, una vez dentro, O'Donnell ordenó el asalto por cada una de sus cuatro fachadas, participando Serrano, Pavía y Lacy, Zabala, y él mismo por la plaza de San Marcial. En cuanto a los sargentos, concedores de la suerte que les esperaba si

¹¹² La plaza y la entonces puerta de Bilbao estaban en el barrio de Maravillas, que tomó el nombre del mercado allí ubicado. Debido a la calle de Manuela Malasaña, heroína de la guerra de la Independencia, hoy muchos dicen *barrio de Malasaña*, cuando lo correcto es que digan *barrio de Maravillas*.

se rendían (el fusilamiento), se defendieron con valor suicida al frente de ochocientos artilleros, por lo que los cuatro generales de la Reina tuvieron que desalojar a los rebeldes piso por piso y reducto a reducto¹¹³.

A primera hora de la tarde, San Gil había sido tomado. La pluma magistral de Galdós ha reflejado la crudeza del asalto¹¹⁴: *Tropas de Serrano por la fachada norte, tropas mandadas por el mismo O'Donnell por la plaza de San Marcial acometieron el cuartel. Tan brava como la defensa fue la embestida. Los sublevados hacían fuego incesante desde las rejas del piso bajo; los sitiadores, sin acordarse de que por un capricho de la fatalidad no eran sus aliados, les fusilaban desde fuera. Asaltada la puerta con no pocas pérdidas de una parte y otra, los sitiadores fueron dueños de los patios; los sitiados, replegándose al principio, parecían decididos a disputar el terreno piso a piso. Cruzándose parlamentos sin llegar a término de avenencia, los artilleros pedían la impunidad que no se les podía dar. Perdido el principal, continuó la furiosa contienda en el segundo y, por fin, en las buhardillas, donde quedó sojuzgado el FUTURO y victorioso lo EXISTENTE. Sangre y muerte en todos los pisos mostraban cuán recia fue la batalla, entre el nombre de Prim y el de Isabel II. ¡Lástima de brío militar empleado sin futuro y perdido en el torrente político más espumoso! Creyérase que el morir hombres y más hombres era necesario, por ley fatal, para la consideración de nuestros altares y tronos de perfecta índole asiática. ¡Vive Dios que ningún poder se asentó jamás sobre tan ancha y tan alta pila de cadáveres!*

Fin de la resistencia civil y balance de la sublevación de junio

Concluida la sedición militar con la toma del cuartel de San Gil y sofocados los alborotos en las barriadas populares de la zona norte por la acción del general Concha, el general Serrano tomó el mando para la acción contra los barrios bajos. Los generales Pavía y Planas habían terminado de limpiar los barrios chisperos, dejando retenes de la Guardia Civil para impedir cualquier posible rebrote de la sedición.

A la caída de la tarde, Serrano dispuso sus columnas¹¹⁵ contra las barricadas que cerraban el paso a uno y otro lado de la calle Ancha de San Ber-

¹¹³ Prim decidió por fin cruzar la frontera para ponerse al frente del alzamiento. Como al aproximarse a Madrid se produjo la toma del cuartel de San Gil, decidió entonces huir de nuevo a Portugal.

¹¹⁴ PÉREZ GALDÓS, 1968, p.117.

¹¹⁵ Cada columna estaba a las órdenes de un teniente general, con los mariscales de campo y los brigadieres al frente de batallones, compañías y secciones.

nardo, y que habían resistido anteriores cargas de infantería. Dichas barricadas fueron destrozadas y abandonadas por los certeros disparos de los artilleros. Los agitadores habían dejado de invocar el nombre de Prim y muchos le consideraban un cobarde. Finalmente, las tropas gubernamentales, bien dirigidas por el duque de la Torre, envolvieron los últimos reducidos rebeldes que se hallaban atrincherados en las plazas de la Cebada -escenario de tantas revoluciones-, Progreso y Antón Martín¹¹⁶; pero toda resistencia resultó inútil, pues las barricadas cayeron una tras otra.

A las diez de la noche, tras inspeccionar las calles, O'Donnell marchó al Palacio Real para comunicar a la Reina que la revolución había sido aplastada. Ella, como de costumbre, solicitó el perdón para todos los prisioneros, mientras que el rey consorte recomendaba con insistencia que todos debían de ser fusilados al amanecer. Isabel II supo que Pierrard seguía escondido en las caballerizas del palacio de Liria y pidió al duque de Alba que no le entregara a las autoridades y le trasladase a lugar seguro, que resultó ser la legación diplomática de EE.UU., y huyó luego a Francia. El capitán artillero Hidalgo, principal instigador de la algarada, también consiguió huir a Francia tras pasar una odisea refugiándose en domicilios de sus hermanos masones. Al saber la Reina que Castelar se había refugiado en el domicilio de la poetisa Carolina Coronado, sito en la calle Lagasca, envió a Ramón de Campoamor para que le diese asilo alguna embajada, consiguiendo después escapar a Francia¹¹⁷.

La prensa oficial narró la sublevación con evidente parcialidad. *El Diario Español*, órgano de la Unión Liberal, el partido de O'Donnell, relató así los sucesos revolucionarios del día 22 de junio: *Madrid ha presentado ayer un doloroso y sangriento espectáculo. El orden público fue profundamente alterado por una insurrección militar, auxiliada en las calles por multitud de paisanos armados. El grito de los sublevados era el de ¡Viva Prim! Los sublevados sacaron veinticuatro piezas de artillería distribuyéndolas estratégicamente.* El diario intenta calmar a la opinión pública y procura exaltar las virtudes de los jefes militares y personalidades del Gobierno que están inmersas en la represión y control de la insurrección. Sin embargo, la pren-

¹¹⁶ El arzobispo Claret salió de su residencia hacia la cercana plaza de Antón Martín. Allí socorrió a los heridos de ambos bandos contendientes.

¹¹⁷ O'Donnell, al tomar el poder después de la *Noche de San Daniel*, había restablecido en su cátedra a Castelar. Por ello, le indignó que le protegiera la Reina, salvándole de un fusilamiento seguro.

sa de la oposición fue sistemáticamente censurada, muchos de sus periódicos cerraron y bastantes no volverán a aparecer o lo harán de forma muy precaria.

El poder era muy consciente del deterioro social, pues a pesar de ser censurada la prensa de oposición, noticias aparecidas en ella demostraban la paralización de la actividad productiva y las veladas amenazas del Gobierno. El Capitán General de Madrid, Isidoro Hoyos, declaró (24-06-1866): *Restablecida la calma material en esta plaza, con la fundada esperanza de que seguirá inmediatamente a ella la de los ánimos, espero que todos los dueños de las obras y los trabajadores que tanto necesitan su jornal diario contribuyan a ello cesando en la interrupción de sus trabajos.*

La Correspondencia (24-06-1866, 3ª edición) recoge la reunión del Congreso del pasado 22-06-1866 sobre el problema del levantamiento: *Pide la palabra el señor Escosura al presidente para interpelar al ministro de Ultramar sobre los acontecimientos producidos en la capital y para que se explicase la situación del momento. El ministro contestó: "En efecto, señores, una grave insurrección militar, secundada por grupos considerables de paisanos, ha estallado hoy en la capital de la Monarquía. A la hora en que tengo la honra de dirigir la palabra al Congreso, todo puede darse por terminado (...)". El señor Escosura, dando el sentir de unas Cortes favorables a la reina y controladas por el grupo en el poder, dirigió un enfervorizado consejo a la Cámara y haciéndose, por falta de pluralismo, portavoz de todos, dijo: "Yo me atreveré, sin embargo, tomando con seguridad la voz de todos los señores diputados, sin distinción ninguna de opiniones, a pedir que atendiendo lo extraordinario del caso y prescindiendo de todo trámite, declare el Congreso que lamenta la sangre derramada, que simpatiza con los leales servidores del orden y de las instituciones y que se duele también de los desdichados que promovieron el conflicto, pues, aunque extraviados, eran hijos, al cabo, de la patria".*

Se cerró la sesión de las Cortes antes de concluirse, atendiendo a una petición de suspensión temporal dirigida por el Gobierno y firmada por el ministro de la Gobernación, José Posada Herrera, y que precedió a la suspensión de todas las libertades constitucionales en el ámbito nacional, a partir de un proyecto de ley presentado a las Cortes por Leopoldo O'Donnell. El presidente del Congreso, Ríos Rosas, informó a la Cámara (25-06-1866) que el Gobierno estuvo al tanto de las actividades de los revolucionarios y las siguió paso a paso, pero no pudo hacer nada por falta de pruebas; acusó a los partidos progresista y demócrata de haber incitado a la revolución; hizo una loa a la lealtad de generales y oficiales asegurando que habían

logrado un gran triunfo, ya que los amotinados contaban con *tres batallones de las mejores tropas, veintiocho piezas de artillería y ochenta mil fusiles a su disposición para armar a los paisano*; puso en duda la representatividad del Gobierno; y declaró la necesidad de cambios políticos en la dirección del país para salvarlo de la situación en que se hallaba.

Aquel mismo día, el Senado condenó igualmente a ambos partidos como instigadores de la revolución abortada, y el senador Caralange pidió el apoyo a todas las medidas que adoptara el Gobierno, aunque creyó necesario retirar algunos puntos del anteproyecto referentes a la suspensión de las libertades constitucionales, por entender que alarmaban sin fundamento a la opinión pública. No obstante, O'Donnell se negó en rotundo estimando que la revolución vencida tenía que disculparse¹¹⁸.

El relato sobre las primeras víctimas de la insurrección se publicó el mismo día del alzamiento en *La Correspondencia* (22-06-1866, 2ª edición), haciéndose referencia a los jefes y oficiales que intentaron disuadir a los sargentos amotinados en el cuartel de San Gil y que murieron en el Cuarto de Banderas: *Podemos decir que la Guardia Civil ha tenido más de cien muertos y el ejército muchos más. No han sufrido menos los paisanos ante la certera artillería de los leales. Y añadió a continuación: Los militares que han sido heridos hasta hoy a las cuatro de la tarde, ascienden a 285 y los paisanos a 85, todos jornaleros, menos un estudiante.* En cuanto a la cifra oficial de los muertos de las tropas gubernamentales, el día 22 se registraron cincuenta y ocho fallecimientos en total, entre los que se encontraba don Ángel Caballero de Rodas, ayudante de la reina Isabel II.

El *Diario Español*, órgano oficial del partido de la Unión Liberal, tergiversa algunos datos sobre los sucesos y señala respecto a los soldados amotinados (22-06-1866): *Los heridos y muertos en el cuartel de San Gil ascienden a 200 y los prisioneros a 500.* Estos intentos en minimizar los hechos reales, en contraste con otros medios de prensa, así como las alabanzas que prodigada a sus jefes inmediatos, constituían la política de este periódico, que además procura resaltar a los heridos con nombre, destacando las heridas sufridas por Narváez entre el Palacio Real y el Ministerio de Marina, como también los grandes riesgos padecidos por O'Donnell¹¹⁹.

¹¹⁸ El Gobierno cerró indefinidamente los principales periódicos progresistas y demócratas: *La Nación, La Democracia, La Iberia, Las Novedades, La Discusión, Gil Blas y La Soberanía Nacional.*

¹¹⁹ *Eco del País* (24-06-1866) aventuró la maliciosa sospecha de que Narváez no había caído herido, a lo que respondió el duque de Tetuán: *Ha sido herido porque se puso al alcance de las balas, donde de seguro no han estado los que ahora le critican.*

Los diarios *La Época* y *La Esperanza* publicaron que, ante el gran número de presos, el Gobierno se vio obligado a encerrar a una buena parte de ellos en los patios del Ministerio de Hacienda.

La Gaceta recoge (23-06-1866) el bando publicado en Madrid el día anterior y firmado por el capitán general Isidoro Hoyos, en el que tras dar cuenta de la rebelión impuso el estado de sitio en Castilla la Nueva, decretando además que todos los inculpados acusados de delitos de sedición y rebelión, al igual que sus cómplices, serían sometidos a consejo de guerra. Por otro bando, dictó una serie de medidas coercitivas contra la población civil: entregar todo tipo de armas en el Gobierno Civil de la plaza, mantener iluminadas las casas durante la noche y disponer que serían sometidos a consejo de guerra quienes hicieran fuego contra las fuerzas del orden.

Se constituyeron inmediatamente los consejos de guerra para juzgar a los prisioneros durante las tres noches siguientes a la revuelta. Sesenta y seis sargentos fueron sentenciados a muerte por delito de rebelión - casi todos del cuartel de San Gil -, siendo fusilados en los terrenos del Tostadero, junto a las tapias del Retiro, al final de los Campos Elíseos (25-06-1866); esto es, a las afueras de la Puerta de Alcalá. Galdós narra en sus *Episodios Nacionales* cómo el pueblo de Madrid se agolpaba para presenciar el fusilamiento de los sargentos en las inmediaciones del Retiro, *donde habían de morir a tiros, heroica medicina contra las enfermedades del principio de autoridad... Hoy les toca morir a éstos; mañana a los otros. Es la historia de España que va corriendo, corriendo...*¹²⁰ En los días siguientes, continuaron los juicios y fusilamientos, tocando a los civiles. Con todos estos fusilamientos quedó destruida la imagen tolerante de los unionistas y la convivencia en los cuarteles. Los oficiales artilleros se endurecieron y arreció el odio de los sargentos, que en su mayoría se hicieron simpatizantes de la conspiración progresista que inmediatamente se pondría de nuevo en curso.

A propuesta de Isabel II, el Gobierno concedió la cruz pensionada a los soldados y cabos leales que cayeron heridos durante la revuelta, oscilando las pensiones de diez a treinta reales según la gravedad de las heridas recibidas; fueron ascendidos todos los jefes y oficiales; y se felicitó a todos los elementos destacados en la batalla.

Según el diario *La Época*, el alzamiento de 1866 provocó en el país un mayor número de víctimas que en los sucesos revolucionarios de 1848,

¹²⁰ PÉREZ GALDÓS, 1968, p. 121.

1854 y 1856. Por tal motivo y como medida de precaución, el Gobierno publicó en *La Gaceta* (28-06-1866) un decreto por el que disolvió los efectivos militares que participaron en la rebelión y practicó una reorganización con el fin de controlar lo que ya era incontrolable.

Epílogo

Si la *Noche de San Daniel* había hundido al gobierno de Narváez, la sublevación de junio terminó con las posibilidades políticas de O'Donnell, sobre todo después de la represión implacable que ordenó el duque de Tetuán y que se extendió a varias guarniciones de provincias, como las de Valladolid y Gerona, donde la sedición fue dominada con facilidad por los capitanes generales. Narváez, aún no restablecido de sus heridas, visitó a la Reina y al jefe de Gobierno para proponerles un gobierno de concentración liberal y moderado, como un intento de reconciliación nacional tras el pronunciamiento, y dicho gobierno estaría presidido por O'Donnell y contaría con el concurso de algunas personalidades progresistas ajenas al proyecto de Prim¹²¹. Aunque la Reina aceptó la idea, O'Donnell la rechazó. A partir de entonces, Narváez se enfrentó abiertamente con él y reclamó el poder.

Pasada la primera semana de julio, el duque de Tetuán presentó a la Reina una lista de los nuevos senadores, todos de la Unión Liberal, para decidir a su favor el debate crítico en la Cámara Alta que Narváez estaba preparando con los moderados. O'Donnell, que exigía ser reconocido de forma incondicional como el salvador de la patria, vio contrariado cómo Isabel II le devolvía la lista instándole a que incluyera también a candidatos de otros partidos. Ante esto, presentó airadamente su dimisión creyendo que no sería aceptada. Pero cuando advirtió su error, expresó ante sus colaboradores palabras muy duras contra la soberana: *Me he jugado la vida por ella y no me lo reconoce. Es una monstruosa ingratitude. Con esta señora ya no se puede gobernar. Me voy al extranjero. No quiero ser testigo ni actor de lo que pase en mi patria*¹²².

¹²¹ Salustiano Olózaga vio el proyecto de Narváez con agrado.

¹²² O'Donnell no amenazó en vano. Preparó de inmediato su salida de España, con el propósito de no regresar mientras Isabel II ocupara el trono. Se estableció en Biarritz, donde muy pronto recibió mensajeros de Prim, que desde París estaba empeñado en crear una alianza política y militar contra Isabel II.

La Reina encargó al duque de Valencia que formase gobierno (10-07-1866) y la intención de éste fue formar uno conciliador, pero no le dejaron. O'Donnell prohibió a los miembros de la Unión Liberal la más mínima colaboración; Olózaga se negó para acercarse a Prim, que seguía conspirando desde París; y los neocatólicos civiles y militares le exigieron una política de dureza extrema, convencidos de que la tolerancia de O'Donnell había permitido el reconocimiento del reino de Italia (algo inadmisibles para ellos) y provocado además la sublevación del mes anterior. Debido a estas circunstancias, Narváez creyó necesario adoptar una política de firmeza, aunque con ciertos rasgos de tolerancia para distanciarse de la represión de O'Donnell¹²³. Así pues, nombró a Barzanallana ministro de Hacienda para sanear la economía, sacudida por la crisis galopante; se reservó la cartera de Guerra; para contentar a los neocatólicos, designó ministro de Fomento¹²⁴ al futuro marqués de Orovio, "bestia negra" de los krausistas, pero administrador serio y eficaz; al teniente general Calonge, otro militar autoritario, le dio la cartera de Marina; y a Luis González Bravo le nombró ministro de la Gobernación. Por otra parte, como Prim intentaba la alianza de progresistas y demócratas, como también atraerse a algunos generales unionistas, el duque de Valencia decidió asegurar ante todo el orden en Madrid, nombrando Capitán General de Madrid al conde de Cheste, militar de línea dura, y gobernador civil a Carlos Marfori¹²⁵, pariente suyo y hombre de su máxima confianza.

El *Espadón de Loja* estaba desgastado política y personalmente. Durante años había sido el instrumento de un poder conservador empecinado en una única persona, para el que no había recambio. Sin la habilidad de su juventud y deterioradas las bases de su poder militar, Narváez se unió a su

¹²³ El propio ministro de la Gobernación, Luis González Bravo, fue personalmente a sacar a Sagasta de su escondite y le permitió exilarse en Francia, lo cual contentó a la Reina.

¹²⁴ La cartera de Fomento incluía toda la gestión educativa, incluso la universitaria.

¹²⁵ LEMA, marqués de: *De la revolución a la restauración*. Madrid, 1927, vol. I, p. 105. Carlos Marfori, nacido en 1818, era hijo de un humilde cocinero italiano. Se casó con Asunción Fernández de Córdoba y de Campos, sobrina de Narváez, quien le ayudó en la carrera política hasta que encontró el apoyo de la Reina. Había sido gobernador civil de Madrid en 1856. Hombre de la máxima confianza del duque de Valencia, fue a su muerte su testamentario. Por encargo de Narváez, cuidó a la propia Reina en su destierro. Fue intendente de palacio y ministro de Ultramar. El marqués de Lema dice sobre él: *Los contemporáneos no saben el gesto de repulsión que asomaba al rostro de los más sinceros monárquicos al oír el nombre de Marfori*.

viejo aliado González Bravo y gobernó como un dictador: hasta marzo de 1867 lo hizo sin Cortes y luego con un Parlamento "desmochado". Al morir (23-04-1868), el poder pasó a su socio civil, González Bravo, quien se propuso instaurar una dictadura civil análoga a la de los *fracs negros* de Bravo Murillo (*Yo haré ver -decía- que un paisano puede ejercer en España la dictadura*), continuando por tanto el mismo camino inflexible del *espadón* fallecido y dispuesto a defender, a ultranza, un sistema agotado por el desprestigio de Isabel II y la depresión económica.

O'Donnell, desde su exilio en Biarritz, conservó hasta su muerte (03-11-1867), recursos suficientes para imponerse a los generales y mantener la fidelidad monárquica de la Unión Liberal, a pesar de detestar a la Reina. A su muerte, la decadencia se acentuó, no habiendo entonces un solo general capaz de contener al Ejército y pasando la jefatura del partido a Serrano, que estaba irritado con el Gobierno porque sus intereses financieros ferroviarios y sus latifundios habían sido lesionados por la crisis económica.

Tras disolver el conde de Cheste de malos modos las Cortes, Serrano intervino en favor de los diputados firmantes de un escrito, siendo enviado como castigo a Alicante, a pesar de que la Reina intentó interceder en su favor. En la confusión extrema de las instituciones y con ellas del Ejército, Prim movió todos los hilos militares de la conspiración entendiéndose por una parte con Serrano, y por otra, con el príncipe Carlos y hasta con el general carlista Ramón Cabrera, conde de Morella.

Dividida la Casa de Borbón de España en dos grupos adversos desde 1833, se fraccionó en tres cuando el duque de Montpensier (cuñado y enemigo mortal de la Reina e hijo de Luis Felipe de Orleans) ayudó a la conspiración con ciento cincuenta mil duros -*los movimientos políticos no resultaban demasiado costosos en aquellos tiempos*, dice Fernández Almagro¹²⁶ y los duques fueron desterrados, instalándose en Lisboa, desde donde se dirigió buena parte de la conspiración.

Dentro de España se contaba con otras complicidades importantes, como la del general Carlos de la Torre, que con el duque de Ahumada fue uno de los fundadores de la Guardia Civil. Tal como señala Romanones, en

¹²⁶ FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Historia política de la España contemporánea*. Madrid, 1968, vol. I, p. 13. Existe la versión de que el duque de Montpensier empleó dieciséis millones de francos en luchar contra Isabel II, aunque la cifra parece un tanto exagerada; EULALIA, Infanta: *Memorias*. Madrid, s/f., p. 139; LEIVA, Francisco de: *La batalla de Alcolea. Memorias políticas y militares* (Córdoba, 1879). Según Leiva el duque puso veinte mil libras esterlinas a disposición de Prim.

la preparación de la crisis revolucionaria resultó decisivo el encono de Olózaga contra la Reina, a quien jamás perdonó el decreto de exoneración de 1843¹²⁷. El poco tacto de González Bravo y sus caídas del error al disparate, fueron sepultando la monarquía. Fernández Almagro afirma: *El ambiente era de protesta, de expectación, de inquietud, y sólo por el increíble alcance de la desmoralización monárquica se explica que el ascenso al grado de capitán general de los marqueses de Novaliches y de La Habana fuese suficiente para que el general Zabala se adhiriera a la conspiración revolucionaria, secundado por quince o veinte generales más*¹²⁸.

La última intentona revolucionaria en tiempos de Narváez se produjo en agosto de 1867, en la que murió el general Manso de Zúñiga, vencido en Marcuello por Moriones, y al no comparecer Prim en España, algunos le acusaron de cobarde, quizás influidos por Olózaga¹²⁹. Por instigaciones hacia la dureza de los generales Cheste y Calonge, y aunque sólo fuera a efectos de proceso, el Gobierno condenó a muerte en garrote vil a Sagasta, Martos, Castelar y Becerra, todos ellos exiliados en Francia.

El profundo descontento militar llegó también al pueblo, que atravesaba (1866-67) otra de las grandes crisis de miseria, iniciándose la acción de las Internacionales¹³⁰. La gran crisis por la que pasaba el pueblo español fue reflejada por los poetas, como lo hizo Núñez de Arce (1866) en *Oda a España*, tan cargada de tristeza:

*Roto el respeto, la obediencia rota,
de Dios y de la ley perdido el freno,
vas marchando entre lágrimas y cieno
y aire de tempestad tu rostro azota.*

¹²⁷ ROMANONES, conde de: *Un drama político, Isabel II y Olózaga*. Madrid, 1941, p. 144. Desde su caída del poder, y durante veinticinco años, Salustiano Olózaga fue constante ariete del progresismo contra la monarquía. Fue él quien decidió que Prim fuera la espada del progresismo.

¹²⁸ ALMAGRO, 1968, I, p.14. Al ser nombrado capitán general el conde de Cheste en 1867, volvieron a ser ocho los de tal graduación, contando al rey consorte, al duque de Montpensier y al infante don Sebastián.

¹²⁹ Salustiano Olózaga, tras servirse de Prim para deshacerse de Espartero, trataba de emplear al general Carlos de la Torre para eliminarle políticamente.

¹³⁰ Paul Lafargue. Socialista francés, aunque nacido en Cuba (1842-1911), era yerno de Karl Marx. Fue promotor, con J. Guesde, del Partido Obrero francés (1880). Preparó y dirigió el Congreso Internacional Socialista de París (1889). Fue secretario de la Internacional Socialista para España.

Serrano era el jefe de los unionistas, pero el verdadero "alma de la revolución" en el Ejército era Dulce¹³¹, que ofreció su apoyo a Prim (21-09-1867); por otra parte, los dos generales moderados de mayor renombre, Cheste y Novaliches, estaban enfrentados entre sí, y cuando el general Zabala se vio postergado, se pasó con docena y media de generales al servicio de la revolución (entre ellos, Izquierdo y el propio Cheste). Por otra parte, Serrano, amigo de Montpensier, se unió a Dulce (julio de 1868) para denunciar la actitud reaccionaria del Gobierno, por lo que González Bravo los mandó detener y desterrar, como también a Fernández de Córdoba, Ros de Olano, López de Letona, Serrano Bedoya, Echagüe, Zabala y Caballero de Rodas; mientras, el general Jovellar entraba también en la conspiración. En su mayoría fueron desterrados a Canarias y el resto a Baleares, Burgos y Soria, excepto Montpensier que fue expulsado de España¹³². Era precisamente lo que necesitaba el pacto antidinástico para consolidarse, uniéndose asimismo los almirantes a la conspiración al estar muy indignados por la drástica reducción del presupuesto para la construcción naval. La Armada detestaba a González Rubalcaba (ministro de Marina hasta julio de 1868) por no lograr de Hacienda los créditos necesarios y el descontento aumentó con los dos siguientes ministros: Belda, que ocupó interinamente la cartera de Marina hasta ser nombrado Severo Catalina, un civil que jamás pudo ver un barco en su Cuenca natal y que sabía de temas marinos cuanto podía proporcionarle su cátedra de hebreo en la Unidad Central de Madrid. El retorno de Belda al poder -en sólo 1868 hubo siete ministros de Marina- acabó por poner a la escuadra al servicio de la revolución¹³³.

Prim, que contaba con muchos oficiales y sargentos, se vio reforzado con la adhesión de los generales unionistas, prefiriendo un movimiento exclusivamente militar a una revolución en manos de los republicanos. Con el acuerdo entre los restos de la Unión Liberal y los progresistas el movimiento se hizo irresistible. Prim en Londres, los progresistas en Madrid y los generales unionistas en Canarias, acordaron marginar a los

¹³¹ LEMA, 1927, I, p. 28.

¹³² FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, 1966, II, p. 349; LEMA, 1927, p. 97. En aquel año, el general Fernández de Córdoba dijo al duque de Montpensier que si la Reina llegaba a ser destronada, la corona podía recaer en la infanta Luisa Fernanda, hermana de Isabel, ofreciendo para ello cincuenta generales.

¹³³ BERMEJO, 1873, III, p. 864; LEIVA, 1879, II, p. 123 y ss. Belda era coronel de Marina. El Gobierno cometió además el error de reducir las pagas de los marinos, que ya estaban descontentos con el resultado de la campaña del Pacífico, en la que combatieron sin resultado alguno.

demócratas, aliados civiles con los que Prim había antes pactado el derrocamiento de Isabel II, dejando la definición del futuro régimen a unas Cortes Constituyentes¹³⁴.

En la reunión celebrada por los progresistas en Ostende (agosto 1868), el marqués de los Castillejos fue nombrado presidente del Comité Revolucionario y se decidió *destruir todo lo existente*. El manifiesto fue firmado por cuatro generales: Prim, Contreras, Milans del Bosch y Pierrard; y también por tres civiles: Sagasta, Becerra y Carlos Rubio. Convertido en *espadón*, Prim marginó a la coalición antidinástica, confiando en derrostrar a la Reina con un golpe militar no subordinado a los acuerdos con los demócratas y progresistas civiles.

El almirante unionista Topete sublevó en Cádiz a la Marina y el teniente general Rafael Primo de Rivera a las fuerzas de San Fernando (18-09-1868). Los marinos enviaron un buque en busca de Serrano y los generales desterrados en Canarias; y Prim anticipándose, llegó de Londres vía Gibraltar, recorrió la costa sublevando los puertos y liberó en Ceuta a los sargentos encarcelados del cuartel de San Gil¹³⁵. Serrano y sus compañeros se unieron a las tropas sublevadas (20-09-1868) con toda la liturgia de los pronunciamientos y el manifiesto *España con Honra*. Cuando el ejército de Andalucía al mando de Serrano avanzaba hacia Madrid, tuvo lugar la batalla de Alcolea (28-09-1868), en la que el ejército gubernamental a las órdenes de Novaliches fue derrotado tras doce horas de combate¹³⁶. Serrano se encontró en Pinto con el general vencido, que como no podía hablar al tener la mandíbula destrozada por un casco de metralla, le abrazó y escribió: *Admiro a mis vencedores*¹³⁷.

Mientras Prim se encargaba de levantar Cataluña y el litoral mediterráneo, Serrano incorporó los soldados derrotados a sus tropas y prosiguió su

¹³⁴ Los unionistas también preferían aliarse con Prim que con los demócratas republicanos, enemigos de su candidato Montpensier. En cambio, Olózaga temía el militarismo y prefería la alianza con los demócratas que podrían crear un movimiento civil fuerte capaz de contener el poder militar.

¹³⁵ Los sargentos liberados fueron ascendidos por Prim a alféreces, confiándoles su guardia personal.

¹³⁶ *Historia de las Fuerzas Armadas*, 1983, vol. II, p. 119. En Alcolea, Novaliches disponía de cañones *Krupp* de retrocarga, modernos y de reciente adquisición, mientras que la artillería de Serrano era de bronce rayada. El mal empleo de los *Krupp*, que eran de mayor alcance, pero colocados a la distancia que podía hacer efecto sobre ella el fuego enemigo, fue una de las causas de la victoria de Serrano.

¹³⁷ ALONSO, 1974, p. 348.

avance. Los generales de la Reina no ofrecieron resistencia al no estar dispuestos a dividir el Ejército (la monarquía podía perecer, pero no el Ejército), y el marqués del Duero entregó el mando de la capital sin complicaciones. De forma espontánea, se organizaron juntas y los revolucionarios se apoderaron de los parques de armamento para crear los llamados Voluntarios de la Libertad, herencia de la antigua Milicia Nacional. José Ramón Alonso apunta que la entrega de armas al pueblo fue prometida por el general Milans del Bosch, aunque Fernández Almagro culpa al teniente coronel Escalante¹³⁸. Cuenta Ildefonso Piralá que al abrirse el parque de Artillería se repartieron armas a todos cuantos quisieron: *Se extrajeron 40.000 fusiles y carabinas, cerca de mil tercerolas y millares de armas blancas, habiendo fusil que se vendió a cuatro reales. Fue un verdadero robo a la nación*¹³⁹. Sin embargo, Carlos Cambrónero contradice a Piralá, afirmando que dicho material sólo consistía en *una colección de fusiles ingleses, de pistón, desechados hacía mucho tiempo*¹⁴⁰.

El duque de la Torre entró victorioso en Madrid (03-10-1868) y fue nombrado "*ministro universal*" con facultades casi absolutas (como en 1843)¹⁴¹; mientras que Prim, cuando lo hizo, fue promovido a Capitán General de Castilla la Nueva (como Narváez también en 1843). En las calles madrileñas se cantaba la famosa copla:

*En el puente de Alcolea
la batalla ganó Prim.*

Por supuesto, Prim ni había estado en Alcolea, ni tampoco había ganado ninguna batalla. Pero el pueblo estaba con él y desconfiaba de Serrano, demasiado voluble y con la habilidad de caer siempre en el bando ganador. Si el Ejército había dado el trono a Isabel II, se lo arrebató cuando colectivamente creyó que no sabía ocuparlo con dignidad. En cuanto a la Reina, que se hallaba veraneando en San Sebastián durante estos sucesos, no tuvo más remedio que tomar el tren hacia París. Le esperaba el exilio. Había triunfado *La Revolución Gloriosa* de 1868.

¹³⁸ *Ibidem*; FERNÁNDEZ ALMAGRO, 1968, I, p. 31.

¹³⁹ PIRALÁ, 1871, III, p. 244.

¹⁴⁰ CAMBRONERO, *Carlos: Isabel II* (citado por José Ramón Alonso, 1974, p. 355).

¹⁴¹ Después de Alcolea se ascendió a todos un grado, desde sargentos a coroneles. Sólo se logró así extremar una congestión en los cuadros de mando, que desde entonces gravitaría en el problema militar español hasta el paroxismo, y que al relajarse la disciplina determinaría, poco después, hechos muy graves.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, José Ramón: *Historia Política del Ejército Español*. Madrid, 1974.
- ANÓNIMO: *El general don Pedro Santana y la anexión de Santo Domingo a España*. Madrid, 1862.
- Anales desde 1843 hasta la conclusión de la actual guerra civil*. Madrid, 1876.
- ARTOLA, Miguel: *La burguesía revolucionaria*. Madrid, 1973.
- AZAN, Paul: *La Légion Etrangère en Espagne, 1835-39*. París, 1909.
- BALLESTEROS BERETTA, Antonio: *Historia de España y su influencia en la historia universal*. Barcelona, 1927.
- BERMEJO, Ildefonso Antonio: *La Estafeta de Palacio. Historia del reinado de Isabel II. Cartas transcendentales dirigidas a don Amadeo*. Madrid, 1873.
- BULNES Y SOLERA, José de: *La fuga del Padre Cirilo encubierta por el Gobierno de S.M. Opúsculo cuarto que contiene las esposiciones del M.V. Cabildo Catedral de la iglesia metropolitana de Santiago de Cuba desde el mes de enero hasta el de abril de 1837...* Madrid, 1838.
- CIERVA Y HOCES, Ricardo de la: *El triángulo II. La cuestión de palacio. Evocación del reinado de Isabel II entre 1847 y 1868*. Barcelona, 1990.
- COMELLAS, José Luis: *Historia de España Moderna y Contemporánea*. Madrid, 1975.
- Correspondencia reservada del capitán general don Miguel Tacón, 1834-1838*. La Habana, 1963. Prólogo, introducción y notas de Juan Pérez de la Riva.
- CHRISTIANSEN, E.: *Origins of Military Power in Spain*. Londres, 1970.
- Diario de Sesiones de las Cortes*. 1866-1868.
- EULALIA, infanta: *Memorias*. Madrid, s/f.
- El Diario Español*. 22/24-06-1866.
- El Pueblo*. 11-04-1865.
- ESPANTALEÓN, Antonio y PORDOMINGO, Isabel: "De San Daniel a San Gil". *Revista Historia* 16, Año V, nº 53. Madrid, septiembre de 1980.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Historia Política de la España Contemporánea*. Madrid, 1968.

- FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, Fernando (general): *Consideraciones sobre la organización del ejército español*. Madrid, 1858; IDEM: *Memorias íntimas*. Madrid, 1966.
- FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel: *Estudio histórico de las luchas políticas en la España del siglo XIX*. Madrid, 1879-1880.
- GÁNDARA Y NAVARRO, José de la: *Anexión y guerra de Santo Domingo*. Madrid, 1884.
- GARRIDO, Fernando: *Historia del último Borbón en España*. Barcelona, 1869.
- GONZÁLEZ-DORIA, Fernando: *Diccionario Heráldico y Nobiliario de los Reinos de España*. San Fernando de Henares, Madrid, 1987.
- Historia de las campañas de Marruecos*. Madrid, 1947.
- Historia de las Fuerzas Armadas*. Zaragoza-Barcelona, 1983.
- La Correspondencia*. 21/23-01, 22-06 (2ª edición), 24-06 (3ª edición)-1866.
- La Democracia*. 25-02, 11/17-04-1865.
- La Discusión*. 10/13-04-1865.
- La Época*. 22-06-1866.
- La Esperanza*. 22-06-1866.
- La Iberia*. 16-03; 4/13-04-1865; 2/4-01-1866.
- La Nación*. 11-04-1865.
- La Soberanía Nacional*. 11-04-1865.
- Las Novedades*. 11/19-04-1865.
- LEIVA, Francisco de: *La batalla de Alcolea. Memorias políticas y militares*. Córdoba, 1879.
- LEMA, marqués de: *De la revolución a la restauración*. Madrid, 1927.
- LÓPEZ DE LETONA, Antonio: *Estudios críticos sobre el estado militar de España*. Madrid, 1866.
- LLORCA, Carmen: *Isabel II y su tiempo*. Barcelona, 1973. (Edición original, Alcoy, 1956).
- MIQUEL Y VERGÉS, José Luis: *El general Prim en España y en Méjico*. México, 1949.
- NOVO Y COLSON, Pedro: *Historia de la guerra de España en el Pacífico*. Madrid, 1882.
- PABÓN, Jesús: *El régimen de los generales*. Madrid, 1968.
- PALACIO ATARD, Vicente: *La España del siglo XIX. 1808-1898*. Madrid, 1978.
- PAYNE, Stanley G.: *Ejército y Sociedad en la España liberal*. París, 1968.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *Obras completas: Episodios Nacionales*. Madrid, 1968.

PIRALA, Ildefonso: *Anales*. Madrid, 1871.

ROMANONES, conde de: *Un drama político: Isabel II y Olózaga*. Madrid, 1941.

SÁINZ DE LOS TERREROS, Manuel: *El ejército y el militarismo, cuestión de actualidad*. Madrid, 1886.

SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José: *La España contemporánea*. Madrid, 1991.

VILLAURRUTIA, marqués de: *El general Serrano, duque de la Torre*. Madrid, 1929.

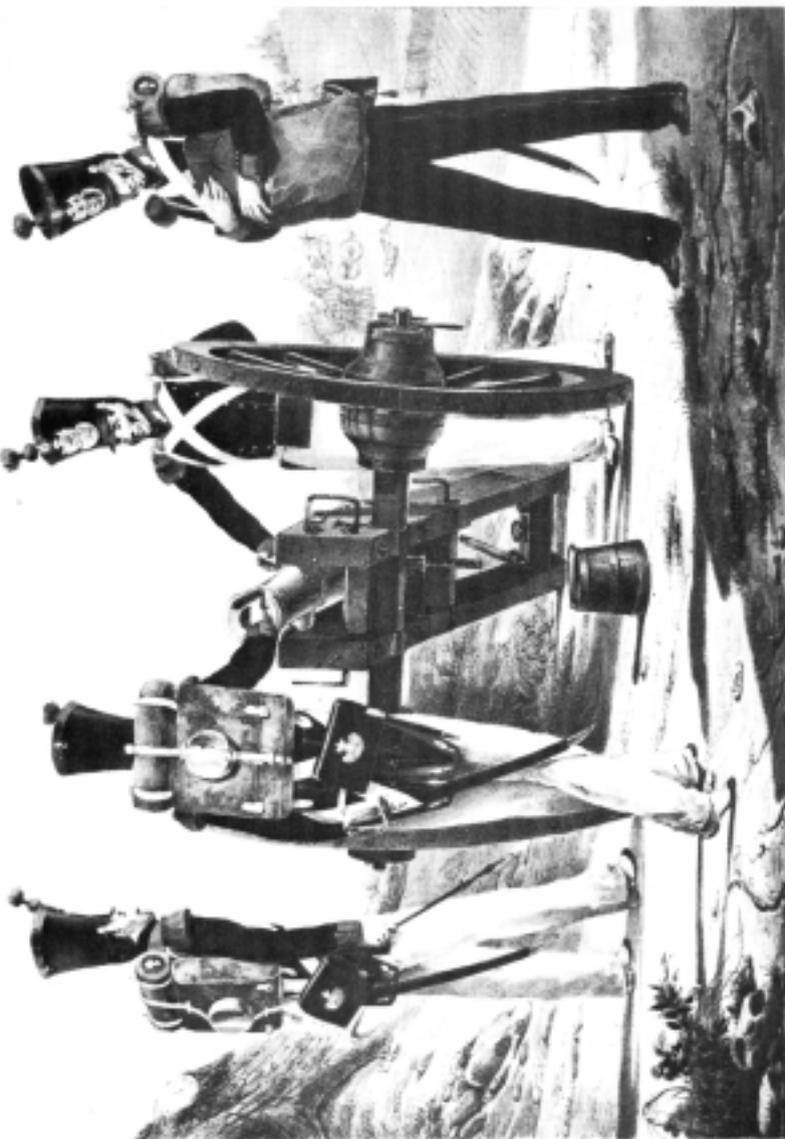
ZABALA, Pío: *Historia de España. Edad Contemporánea. 1808-1923*. Madrid, 1930.



Artillería de la Guardia Real.



Isakel II y la reina gobernadora María Cristina pasan revista a los tropas en las cercanías de Madrid. Sobre estas figuras, detalle del cuadro de Mariano Fortuny. En la página siguiente, podemos observar la reproducción del cuadro completo (Museo del Prado, Madrid).



Artillería a pie.



Juan Prim, según retrato de Esquivel.



*El general Narváez fue jefe del Partido Moderado, que se presentaba como portavoz de los intereses militares y llegó a contar en sus filas con un importante grupo de jefes militares.
Retrato antiguo (Museo del Ejército).*



El ejército de Africa, al mando del general O'Donnell, es recibido en la Puerta del Sol (anónimo, Academia de la Historia)



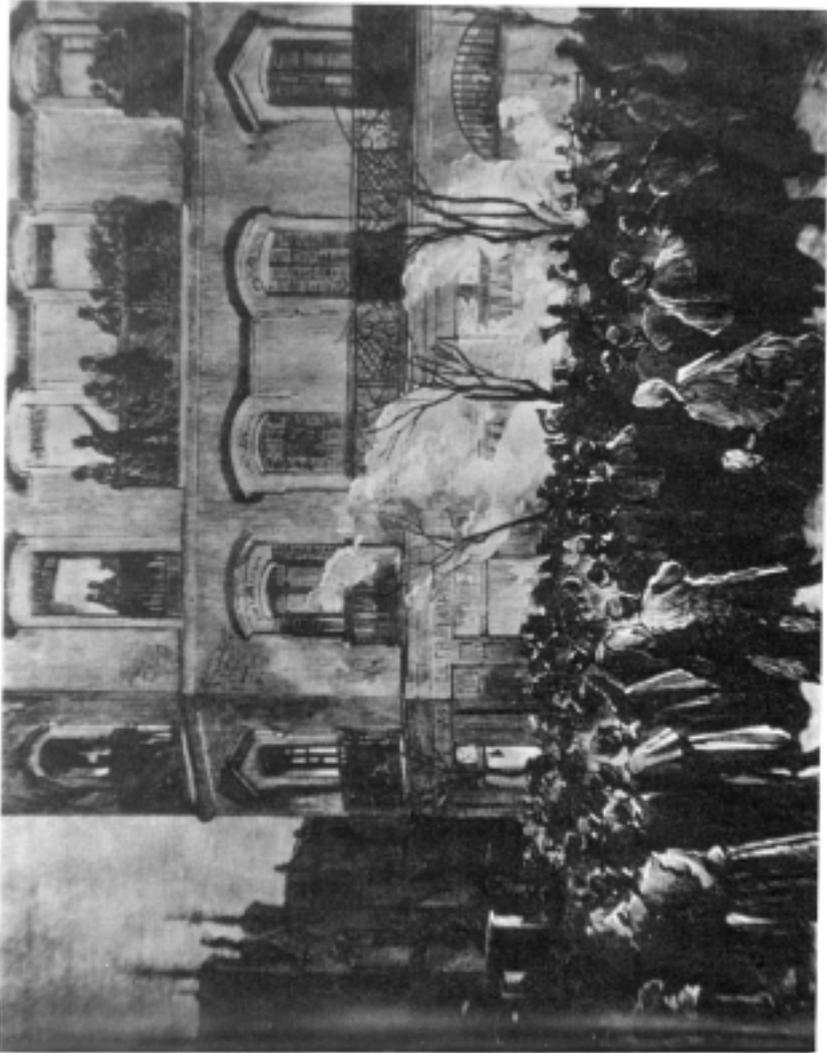
La batalla de Alcolea entre las tropas realistas y las siblevadas



Sitio del Cuartel de San Gil



Leopoldo O'Donnell



Sérvnada a Castellar, origen de la Noche de San Daniel